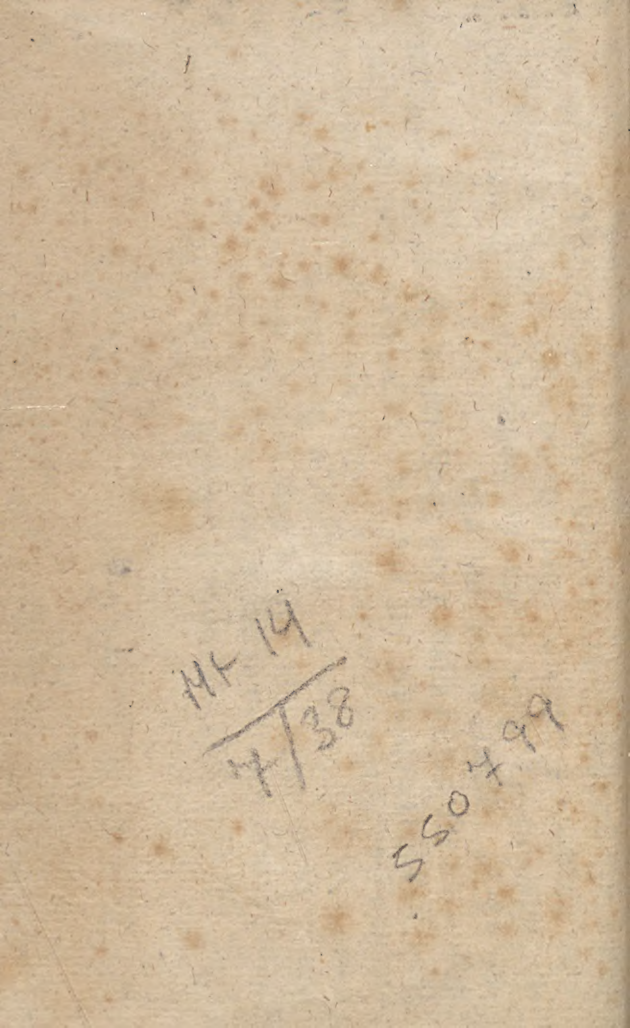








LAS TARDES DE LA GRANJA Ó LAS LECCIONES DEL PADRE.

TRADUCCION LIBRE DEL FRANCÉS

POR DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

SEGUNDA EDICION, CORREGIDA.

TOMO OCTAVO.

MADRID
POR GOMEZ FUENTENEBRO Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1811.



¡Rústicos techos, campos abundosos,
magnífico estrellado pavimento,
alma naturaleza! los mejores
libros de la enseñanza sois vosotros.



TARDES

CONTENIDAS EN ESTE OCTAVO TOMO.

TARDE L. *La resolucion. Viage de cinco niños americanos.* . . . . Pag. 5

TARDE LI. *El celo. Fiesta dada al buen padre.* 47

TARDE LII. *La paciencia. Continuacion de la historia del hombre invisible.* 91

TARDE LIII. *El deseo de riquezas. El mal hermano.* 175

TARDE LIV. *La generosidad. Fin de la historia del hombre invisible.* 235

LAS TARDES DE LA GRANJA.

TARDE I.

LA RESOLUCION.

Viage de cinco niños americanos.

Habia corrido el sol las tres partes de su jornada; la costumbre llamaba á todos nuestros amigos al terrazo para oir leer alguna cosa; ya Palemon tenia en sus

manos el libro en donde en otra ocasion habia leido la historia de los dos estudiantes ; y buscaban otra que fuese de igual instruccion é interes , quando llamáron fuertemente á la puerta. Marcela fué á abrir y oyéron que ésta dixo: ¿qué es esto , señor vecino? Mr. Serein , ¡ quántos muchachos os acompañan! ¿de dónde y quiénes son estas graciosas criaturas que nunca hemos visto? —— ¿Está en casa mi vecino Palemon? —— Sí señor, venid conmigo, en el terrazo está , ¿quereis hablarle? —— Quiero darle parte de mi alegría, y del suceso mas particular. —— ¿Suce-

so particular ? ya tenemos todo lo que necesitamos. Venid, venid.

Marcela guió ál vecino, el qual apénas vió á Palemon corrió á abrazarle, y le dixo: amigo mio, ya sabeis que soy viudo, y no tengo hijos; pues sabed ahora que el cielo acaba de regalarme una numerosa familia. Ya soy como vos, padre de una familia muy digna de ser amada. — ¿Cómo? — ¡O! es una historia que nadie la creerá; pero es muy cierta. Mirad estos cinco niños, de los quales el mayor, que es esa niña, no tiene mas de nueve años; son so-

brinos mios ; pero yo ignoraba que tenia tantos herederos. A la verdad, es imposible formar idea del espíritu y discernimiento que tiene mi Carlota. He querido presentároslos, y contaros la historia de sus desgracias y sus viages. —— Mucho me interesais, Mr. Serein. Sentaos, siéntense tambien esos niños, y explicaos con claridad, porque no puedo comprehender...— Pues escuchad.

Mr. Serein y su familia tomáron asiento enmedio de los muchachos, que no se cansaban de mirarlos, y estaban impacientes por saber lo que significaba todo esto ; pero lo consi-

guiéron al oir á su vecino explicarse así.

Ya sabeis, amigo, que nací en este país, donde mi padre fué excelente labrador. Tenia yo un hermano, que desde muy jóven sentó plaza, pasó á nuestras islas, y no volvió á Francia. Por muerte de mi padre me hallé en posesion de su hacienda, que cultivé con esmero. Me casé despues, y murió mi esposa sin haberme dexado sucesion. Resolví no volver á casarme, y gozaba una vida tranquila quando, habrá dos años, recibí una carta de mi hermano, en que me decia, que hacia mucho

tiempo que se habia establecido en la isla de Santo Domingo, donde se hallaba con cinco hijos de tierna edad. Mucho placer me causó esta noticia; y respondí á mi hermano, que agradecia á Dios el no haberme vuelto á casar para poder socorrer á su familia, á la qual dexaria todos mis bienes; y que me escribiese si algo necesitaba.

No me contestó; y apénas pensaba en él quando anoche, al tiempo que iba á acostarme, llamáron á mi puerta. Todas mis gentes estaban ya durmiendo, por lo que pregunté, ¿quién llama? — Nosotros, me respondió una voz

delicada. — Nosotros, dixe, no es decir nada. Sin embargo abrí, y quedé atónito de ver cinco niños que me preguntáron si yo era Mr. Serein. Díxeles que sí, y al instante saltáron á abrazarme llamándome su amado tio. — ¿Cómo tio? les dixe aturdido; y Carlota me respondió: nosotros somos hijos de vuestro hermano Claudio Serein: hemos quedado sin padre ni madre, y venimos á implorar el favor dè nuestro tio. — ¿Es posible?.... vosotros, hijos de... ¡pobre hermano mio!... ¿con que ha muerto?... — Sí señor. — Ea pues, contadme como ha sucedido todo esto.

La muchacha al instante me presentó la carta que yo habia escrito á mi hermano, ofreciéndole todos mis auxîlios; y solo con este fundamento se ha atrevido á venir y traerme sus hermanos. Lloraba y estaba muy cansada; todos los cinco tenian un famoso apetito. Desperté á mi ama de gobierno, y la mandé diese de cenar á estas graciosas criaturas; y quando hubiéron satisfecho la necesidad que tenian, dixe á Carlota que me refiriese sus aventuras, y ella lo hizo con una ingenuidad que me encantó. No quiero que las repita, porque su lengua-

ge tal vez seria poco entendido de vuestros hijos. Lo haré yo, y oireis una historia bien rara, y las particularidades del viage de mis americanitos; pero, para mejor inteligencia, es preciso tomar la relacion desde muy atrás.

Mi hermano Claudio Serein, despues de haber servido mucho tiempo en la marina, pudo alcanzar su licencia, y se estableció en la isla de Santo Domingo. Allí se casó: y en seis años de matrimonio tuvo cinco hijos, dos varones, y tres hembras. Pero viendo que no prosperaba en esta isla, pasó al Cabo, donde puso tienda de co-

merciante en cables y todo género de cordage. Educaba allí pacíficamente á su familia, quando trastornándose todo en las Colonias, se verificó el famoso incendio del Cabo, y arruinó un gran número de familias. Mi hermano y su esposa, que fuéron víctimas de este accidente, con temor del semblante que ofrecian las cosas, enviáron todos sus hijos á casa de una amiga, que vivia solitaria á orillas del mar; pero ellos no se atreviéron á abandonar su casa; asilo que les fué muy fatal: pues pereciéron entre el fuego y las ruinas de su alvergue; y su amiga dió esta fu-

nesta noticia á los tristes huerfanitos. Carlota tenia nueve años; sus hermanas seis y cinco, y los niños tres y dos. ¡Qué fatalidad para estas inocentes criaturas! Carlota lloraba; pero al instante se acordó de que ántes de su separacion, su padre la habia confiado un cofrecito, diciéndola: guarda esto; y si nos sucede alguna desgracia le abrirás.

Abrió Carlota el cofrecillo, y halló en él no oro (porque estas gentes eran muy pobres) sino papeles; y como la muchacha sabe leer, se puso á recorrerlos. Se reducian á partidas de bautismo y

cartas, halló entre estas la que yo habia escrito á mi hermano; en ella estaban especificadas las señas del lugar de mi residencia; y al punto formó el proyecto atrevido de venir en busca de su tio, juntamente con sus quatro hermanos. Participó su resolucion á la amiga de sus padres, añadiendo en quanto á mí, que no podia ménos de tomarlos baxo de mi proteccion. La buena muger en vano procuró disuadirla de semejante empresa; dixola, hija mia, considera que para viajar se necesitan dineros y conocimientos, y tener mucha mas edad de la que tú tienes. — No

importa ; respondió Carlota ; yó remplazaré á mi madre en quanto pudiere respecto de mis hermanos, y particularmente de Jacinto que no tiene mas de dos años, y necesita mas cuidado que los otros. Verdad es que no tengo dinero ; pero todos los buenos corazones se interesarán en nuestra desgracia, y nos ayudarán. Dexadme hacer, amiga mia ; yo soy muy niña ; pero tengo mas valor del que pensais.

Dixo Carlota estas palabras con tanta energía, que casi tranquilizó la inquietud de aquella buena muger, que como era pobre no

podia favorecer á Carlota sino müy escasamente. La puso por delante los peligros del mar, la precis io de atravesar casi toda la Francia, y otros mil inconvenientes; pero Carlota continuó inflexîble en su resolucion. En conseqüencia una mañana, acompañada de sus hermanitos, fué á echarse á los pies del encargado del gobierno frances en el Cabo. Le expuso su intencion, y el hombre enternecido la dixo que volviera al dia siguiente. — Carlota fué exâcta; y el encargado la dixo: ¿con que absolutamente, hija mia, estais determinada á partir? — Sí señor. —

Pues bien : presentaos al instante en el navio *Invencible*, que está en el puerto; preguntad por el Capitan Verville, y entregadle este villete; ya le he hablado, y aun he pagado por vos los gastos de travesía. — ¿Qué decis, señor? ¿es posible que os debo tanto favor? — Me habeis interesado mucho: tomad estas monedas, que podrán proporcionaros algun alivio en el navio.

Carlota, encantada, tomó el dinero y el villete, dió las gracias á aquel hombre generoso, y transportada de alegría volvió á casa á despedirse de su amiga. Esta bue-

na muger la dió un luis de oro, encargándola que lo economizára mucho; luego la abrazó llorando, y suplicando al cielo que protegiese con particular asistencia á la inocente familia.

Carlota tomó en brazos á su menor hermano; los otros la siguiéron, y llegó al puerto, donde preguntó por el Capitan Verville. — ¿ Qué le quereis ? —— Nos ha de llevar á Francia. Se riéron, y no la hiciéron caso; sin embargo, á fuerza de investigar, halló al Capitan, el qual leido que hubo el villete, tomó de la mano á Carlota, diciéndola: venid, querida; ya sé lo que

quereis; habeis hecho muy bien en no tardar, porque ya iba á hacerme á la vela. El Capitan llegó al navio rodeado de muchachos, á los que colocó solos en un camarote, y al punto se hizo al mar. Ya se hallaba Carlota embarcada, y su alegría la abandonaba al paso que veía alejarse de sus ojos aquella tierra de dolor: que no presentaba sino las vastas ruinas que para siempre cubren los preciosos restos de sus padres. Lloraba, y, á su exemplo, lloraban sus herman os; conocía Carlota que debia consolarlos é inspirarles firmeza; enjugó sus lágrimas y las de sus her-

manitos, tomó á Jacinto en sus brazos, y procuró hacerle reir para distraer á los otros. Este tierno quadro llamó la atencion de todos los pasageros; rodeaban á Carlota y la exâminaban; ella respondió con ingenuidad, y recibia mil regalos. El Capitan la enviaba lo sobrante de su mesa, y todos los llenaban de caricias y beneficios. Carlota en efecto se manejó en toda la travesía como una madre de familia; hacia las raciones de sus hermanos; los hacia acostar, y levantarse á determinadas horas; cuidaba de su ropa; los limpiaba, los aseaba, y en una palabra, llenaba todas las obli-

gaciones de la mas tierna madre.

El viage fué bastante feliz, aunque algo dilatado. La pobre Carlota tuvo el sentimiento de ver enfermos peligrosamente á tres de sus hermanos; duplicó su actividad; pasó junto á ellos las noches, é imploró el auxîlio de los físicos del navio, que correspondiéron caritativamente á sus ruegos. Restableciéronse los muchachos, pero Carlota pagó el tributo al mar, enfermó, aunque no por eso dexó de velar y atender en quanto pudo á sus hermanos; y decia que solo temia y sentiria mo-

rir por haber de dexarlos abandonados.

No acabaria si os refiriese todas la pruebas de talento y juicio que dió esta amable huerfanita, de las quales me ha sido preciso adivinar la mitad. En fin, despues de muchos trabajos, el navio entró en el puerto de Loriente; y el Capitan, que tenia que atender á muchos negocios, desembarcó á nuestros americanitos, diciéndoles que ya estaban en Francia, y no tenian mas que marchar adonde quisieran. Carlota tuvo cuidado de darle mil gracias por sus favores; y lo mismo hizo con to-

dos los compañeros de su viage, los quales, de comun acuerdo, la diéron una pequeña suma de dinero. Carlota al punto procuró proveerse de medias y zapatos para sí y sus hermanos, y luego se puso en marcha; tomando direccion de todos los pasageros. Queria ir á París, persuadida á que en esta gran ciudad la indicarian mas fácilmente la residencia de su tio. Andaba tres ó quatro leguas al dia á pie, que es bastante; y quando conocia que los muchachos estaban cansados, los hacia descansar tres ó quatro dias en qualquier parage. Nunca caminaba si-

no de dia; y al acercase la noche se refugiaba en el primer alvergue, pagando alguna cosa porque la admitiéran, aunque fuese en el establo; y quando la preguntaban, adónde iba, respondia voy en busca de mi tio Claudio Serein: ¿le conoceis?

Reianse de oirla; y muchas veces los posaderos tenian la humanidad de recogerla, y aun darla de cenar de valde. En quanto á la comida la hacia caminando, y comiendo pan y algun poco de fruta ó queso. Diéronle viruelas á Jacinto en Rennes; pero este incidente, léjos de desanimarla, excitó mas

su actividad. Llevó á su hermanito al hospital, y le recomendó al cuidado de los directores; le visitaba dos veces al dia, y le cuidaba con el mayor esmero. Quando el niño estuvo sano, le tomó en sus brazos y volvió á continuar su camino. Entre Alenzon y Mortagne la ocurrió un suceso que estuvo á pique de arruinarla. Entró en una posada á pedir alvergue, segun lo acostumbraba; y quedó atónita de no hallar mas que un hombre, bastante bien vestido, y toda la casa trastornada. Era muy de dia, y el camino pasagero. El posadero, que estaba de mal hu-

mor, la trató con aspereza, por lo que se puso á llorar, diciéndole que era cosa muy cruel que tratase así á unos pobres huérfanos, que no tenian mas auxîlio que el de las almas sensibles y generosas. El posadero, algo enternecido, se puso á mirarla, y luego la dixo: pues bien, acomodaos donde pudiereis; pero no conteis ni con un pedazo de pan, porque aquí nada tengo.

Carlota, que siempre llevaba de reserva algunas provisiones, no le pidió mas que el simple alvergue, y contenta de haberle hallado, subió con su familia, y en-

tró en el primer quarto que encontró abierto. Permaneció allí; y llegada la noche baxó á preguntar al posadero si le incomodaba que hubiese ocupado aquella estancia. Respondióla que no, pero muy encolerizado; tembló la pobre muchacha al oirle, y le pesó haber entrado en esta casa; pero ya era muy tarde para buscar otra, con que la fué forzoso detenerse allí. Hizo acostar á sus hermanos, y ella se quedó resuelta á no dormir en toda la noche, porque un oculto presentimiento la decia que sucedia alguna cosa extraordinaria en aquella casa.

Estaba la luna en su tercer quarto, tiempo en que este astro no resplandece sino hácia la una de la mañana. Carlota que, hasta este punto, habia oido subir, baxar, abrir y cerrar puertas y ventanas, se habia mantenido en acecho de todo lo que ocurria: Vió en el patio al posadero muy agitado, dando patadas y señas de una absoluta desesperacion, y sin poder contenerse le dixo: ¿qué teneis, amigo? ¿puedo serviros de algo? —— ¿Cómo? no dormis. —— No por cierto. —— Tanto peor; pero retiraos y dexadme en paz; quando quisiereis, salir hallareis

la llave de la puerta colgada en este pilar.

¿Qué significará esto, dixo para sí Carlota asustada: ¿quando quisiere salir?... Pues qué, ¿no se abre esta posada temprano como las demas? Muy agitada esperó á que amaneciese; ya no oia ruido alguno; mas no por eso calmaba su inquietud. Apénas vió las primeras luces del dia despertó á sus hermanos, los hizo vestir apresuradamente, y salió con ellos para huir de esta casa, donde no habia podido reposar. No conocia Carlota lo interior del edificio, y atravesó muchos quartos abier-

tos sin dar con la escalera ni hallar huésped alguno, lo que la causa la mayor confusion. Empujó una puerta... ¡cielos! ¡qué horroroso espectáculo se ofreció á su vista! ¡una muger llena de puñaladas y bañada en su sangre! Gritó Carlota, y aguijó su jóven familia, temiendo experimentar la misma suerte. Halló la escalera, baxó al patio.. ¡ó terror! al atravesar por delante de la cocina, vió al infeliz posadero que estaba ahorcado: ¡qué infernal caverna es esta! Carlota y los niños daban horribles alaridos; no tenian valor para caminar: en esto llamáron á la



Al espectáculo horrendo,
Que á Carlota se presenta,
Llora triste, se amedrenta,
Y evita el peligro huyendo;
Y tú, lector, que estas viendo
Esta desesperacion,
Toma una justa leccion
Con tan evidente prueba
Del extremo á que nos lleva
Una zelosa pasion.

J.ª Carrido lo g.º

puerta. Carlota se animó; tomó la llave del lugar indicado por el posadero, abrió la puerta, y vió entrar una multitud de gentes armadas, y como conduciéndolos un hombre con trazas de cocinero, que exclamó: ¡veamos si el infeliz ha atentado á sus dias!...

Halláron en efecto el cadáver del posadero y el de la muger asesinada; y arrestáron á los muchachos para exâminarlos. Carlota no pudo decir sino lo que habia visto, la preguntáron, y de su interrogatorio y de las conversaciones que oia infirió que el posadero, zeloso de

su criado, le despidió el dia anterior, así como á todos sus dependientes; que luego habia asesinado á su muger; y despues se habia quitado la vida. Este criado era el conductor de la justicia; juró que su ama estaba inocente, que su marido era un insensato, y que por esto, temiendo alguna locura de su parte, habia acudido, aunque tarde, á la justicia, la qual, conociendo la inocencia de Carlota, la despidió, y la triste se llenó de regocijo al apartarse de este lugar de horror y espanto. El suceso la habia asustado tanto, que aquel dia no pudo andar sino muy

poco, y se retiró temprano á una posada, bien contra su voluntad, porque desde el lance referido desconfiaba de esta especie de alvergues, y quando no tenia otro arbitrio, buscaba para alvergarse las posadas mas concurridas. Nada particular la sucedió hasta París, donde entró con su comitiva con buena salud. Es imposible concebir cómo esta pobre muchacha con quatro hermanitos, ha podido hacer tan dilatado viage, sin mas recurso que el de cinco ó á lo mas seis luises; y ciertamente que ha observado un órden y una economía admirable. En fin, se halla

ba en París; mas aun no estaba en casa de su tio, y el dinero se la habia acabado. Se aseguró de las señas de mi residencia, y quedó atónita quando la dixéron que tenia que volver atrás. Necesitaba volver á Versalles y de allí tomar á la izquierda el camino de Chartres. La muchacha hasta este punto habia tenido valor; pero viéndose obligada á viajar de nuevo, y careciendo absolutamente de medios, se puso á llorar amargamente. ¿ Qué tienes, querida ? la preguntó una señora que la habia instruido de lo que tenia que hacer. Carlota la refirió sus des-

gracias y la ocasion de su viage; de lo que quedó la señora tan compadecida, que la dió doce libras. Un poco sosegada con este socorro, volvió á ponerse en camino; y á fuerza de preguntar á quantos hallaba, llegó, como os he dicho, á mi casa ayer, casi á media noche. ¡Qué paciencia, amigos mios, y qué resolucion!... ¡Andar á pie cerca de ciento y cincuenta leguas!... ¡casi siempre precisada á traer en brazos á su hermanito, de cuyo peso rara vez la aliviaban sus hermanas! ¡ved lo que ha hecho una muchacha de poco mas de nueve años! y todo para

hallar á un tio á quien no conocia, y que podia ser de caracter duro, y darla, como suele decirse, con la puerta en los ojos: porque á la verdad cinco muchachos son una carga que pocos admitirian; pero me es muy grata la nueva familia que me envia el cielo; y aun seria preciso tener un corazon de acero, para no interesarse por tan desgraciadas criaturas. Sí, yo los adopto, serán mis hijos, Carlota los cuidará, y gobernará tambien mi casa, porque es menester confesar que descubre talento para ello. ¿Qué os parece, amigos mios? ¿Mirais á

esta admirable niña con ojos llenos de lágrimas de ternura? Sí, miradla, y contempladla bien. Quando considero que estos pobres niños llegáron á mi casa sin zapatos, con sus delicados pies hinchados, y aun heridos por las espinas y agudas piedras, sobre las quales han caminado; y que en medio de tantas fatigas disfrutan la salud mas robusta, me admiro, me aturdo, me pasmo... Perdonad mi entusiasmo; acaso toco en exâgerativo; pero mi corazon rebosa de contento; y el dia de la llegada de estos niños á mi casa le miro como el mas fe-

liz de mi vida. Yo seré su padre; cumpliré con todas las obligaciones de tal; y de lo contrario, sería el hombre mas iniqüo del mundo. Ea pues, yo os suplico que acaricieis á mis hijos, y particularmente á Carlota, que por tantos títulos merece el universal afecto.

Calló Serein, y todos los hijos de Palemon, que miraban á Carlota como á un ente extraordinario, la estrecháron amorosamente en sus brazos. Correspondió ella con candor á sus caricias; y la hiciéron contar las particularidades de su viage, que fuéron

más graciosas en su boca, aunque no tan claras como en la de Mr. Serein. Ya se pueden adivinar las preguntas de nuestros amigos: ¿quántos erais en el navio? ¿quánto tiempo duró el viage? ¡qué mala cara tendria aquel pícaro posadero! ¡ah! Tambien acariciáron á los demas hermanitos, particularmente al tierno Jacinto, que en su cortísima edad ya daba esperanzas de feliz discernimiento. Cosa rara, dixo Leon, seria ver viajar á pie cinco muchachos tan niños: ¡os harian muchas preguntas en todos los lugares donde os deteniais. — ¡Infinitas! —

Y todos se interesarian en vuestra suerte: ¿no es así? —— No por cierto; la mayor parte de los que me preguntaban, me oian, me miraban, y me volvian la espalda. Casi todos se reian de mí, y con raros gestos daban á entender que habia hecho mal en exponerme así á las contingencias de tan largo camino. Sin embargo, algunas gentes me ofreciéron conducirme, porque tenian que hacer el mismo camino; pero yo nunca he querido asociarme con otros. No sé por qué razon me asustaba esto: ademas de que me impedia el arreglo de horas y de-

mas que yo observaba con mis hermanos. No me faltaba resolucion, y nada temia. Solo me aterró el lance del posadero, y creo que si esto me hubiese sucedido en la ciudad donde desembarcamos, quizá no habria tenido aliento para llegar á París. Pero en fin, me hallo bien recompensada de tantas penas con el amor de un tio tan bueno; soy feliz, y lo son tambien mis hermanos: ¿no es verdad? Manuela, Teresa, Joaquin, ¿qué decis?

Los tres saltáron al cuello del buen Serein, que lloró de ternura al verse tan acariciado

por estos niños. Palemon, á quien habia penetrado tan inesperada escena, hizo disponer una abundante merienda, que se despachó alegremente. Despues se retiró Serein con su familia, diciendo ántes á Palemon: á Dios vecino mio; yo sé que sois buen padre, y que os gustan mucho los muchachos; por eso me he tomado la libertad de presentaros los mios, y tal vez cansaros con una relacion tan prolija. — Amigo mio, respondió el anciano, me habeis complacido sobremanera; bien sabeis que no puede serme indiferente nada de quanto diga rela-

cion á la buena moral y educacion de los jóvenes. Os doy mil gracias por vuestra visita, y suplico que la reitereis muchas veces en compañía de vuestra preciosa familia.

Prometióselo Serein, y se llevó su tierna compañía, que á la verdad necesitaba descansar algunos dias, para reponerse de tantas fatigas. Palemon, con mucho gusto, dexó á sus hijos hablar largamente, extendiéndose en elogiar el carácter particular de la jóven Carlota, y el buen corazon de su tio; el padre añadió algunas reflexîones morales; y

con esta dulce conversacion se acabó una tarde, que no esperaban fuese tan divertida.

TARDE LI.

EL ZELO.

Fiesta dada al buen padre.

Muchos dias se habian pasado sin emplear las tardes mas que en simples, pero instructivas lecturas; y nuestros jóvenes estaban muy contentos de que nadie hubiese ido á interrumpirlos, porque habian formado un proyecto digno de su buen corazon. Era el Agosto tiempo en que las noches ya son un poco largas y muy propias pa-

ra tomar el fresco. Acercábase el dia de San Bartolomé, en que cumplia años su virtuoso padre; y los hijos hacian grandes preparativos para festejarle de un modo muy correspondiente á su filial ternura. Se habian convenido en representar una pequeña pieza, compuesta por Leon y aprobada por todos sus hermanos. Cada qual se aplicó á copiar y aprender su respectivo papel; pero se hallaban muy embarazados para hacer sus ensayos y las demas prevenciones para el efecto, por lo qual se viéron precisados á empeñar á Mr. Delacour, para que entretuviese á

su padre y poder sorprehenderle agradablemente. Muy gustoso se prestó Mr. Delacour á sus ruegos, y baxo el pretexto de tomar ayre para restablecer su decaida salud, sacó muchas tardes á Palemon á paseo; y en este tiempo, le tuviéron los muchachos para arreglarlo todo; y aunque algo recelaba Palemon disimulaba. Llegó el dia de la fiesta; y despues de haber comido alegremente, Mr. Delacour sacó á pasear á Palemon; pero al volver halláron en casa á Mr. Serein y sus sobrinos, á Mr. Versevil y sus hijos, y á otras varias gentes de la comarca que habian sido convi-

dadas por nuestros jóvenes. No viendo allí Palemon á sus hijos, preguntó por ellos y le dixéron que estaban vistiéndose para representar una comedia. Aprobó el pensamiento, y acompañado de los concurrentes se trasladó al lugar de la escena. En medio del bosquecillo contenido en la huerta, los muchachos, auxîliados de los jornaleros de su padre, habian levantado un pequeño teatro, cuyo foro y vastidores compusiéron con algunas cortinas que les subministró Marcela. Tambien habian traido tres ó quatro músicos de la ciudad vecina; y para estos gastos

habian escotado lo necesario : gracias á los regalillos que de en quando en quando les hacia Palemon. Toda la concurrencia se reducia á unas treinta personas, y luego que estas se colocáron en sillas y bancos prevenidos á este efecto, precediendo una graciosa sinfonía , diéron los muchachos principio al siguiente drama.

EL AMOR FRATERNAL.

ACTORES.

MR. DE BELMONT....	*ARMANDO.*
MADAMA BELMONT..	*ENRIQUETA.*
PAULINO.................	*JULIO.*
ENRIQUE.................	*LEON.*
MR. EVERARD..........	*BENITO.*
ADELAIDA...............	*ADELA.*

ESCENA PRIMERA.

Enrique sentado á una mesa donde hay papeles y recado de escribir.

No me engaño: las quatro han dado; y todavia no he sacado las cuentas, que me puso el maestro: ¡qué cosa tan molesta es la aritmética! ¡nada hay que aborrezca tanto como este género de trabajo! Si viniera Paulino me ayudaria, porque en esto de cuentas está muy impuesto; pero yo no entiendo palabra; en vez de un cero pongo un siete, y en vez del siete un cero, y así salen detestables todos mis cálculos. Sin embargo

es preciso hacerlo, porque si no me reprehenderán mis padres. Vamos á ver: dos veces veinte y quatro quarenta y ocho, tres veces quarenta.... tres veces quarenta.... ¿quánto hacen?... ciento y veinte.... no, ciento y.... ¡que sé yo....

Se levanta tirando la pluma, y al mismo tiempo oye un tiro que le asusta, y luego prosigue.

¡Valgame Dios!... ¡un tiro!.... ha sido muy cerca, porque......

ESCENA II.

Paulino y Enrique.

Paulino.

¡Ay de mí!.. ¡válgame Dios!...

Muy alterado.

¡Enrique! yo me muero... ¡qué será de mí!

Enrique.

¿Qué tienes, Paulino? ¿qué ha sucedido? el tiro...

Paulino.

¡Ah hermano mio!... escóndeme si puedes... porque yo he... he...

Enrique.

¡Acaba! sácame de esta angustia.

Paulino.

He muerto á nuestra querida Adelayda.

Enrique.

¿A nuestra hermana?... ¡bárbaro!



¿qué te habia hecho?

Paulino.

No pienses, Enrique, que lo he hecho de intento.

Enrique.

¿Pues cómo ha sido?

Paulino.

Ya sabes que papá, estando comiendo, dixo que queria salir á caballo, y que Juan le tuviera dispuestas las pistolas...

Enrique.

Ya penetro poco mas ó ménos el caso.

Paulino

Despues mandó á Adelayda que fuese á ver si todo estaba dispuesto;

fui con ella á la antesala; Juan no estaba allí, porque habia baxado á avisar al palafrenero para que ensillase el caballo. Por desgracia vi las pistolas sobre la mesa... ¡ó quién hubiese cegado en este punto!... ¡si me hubiese muerto!

Enrique.

Paulino, Paulino, vuelve en tí, y prosigue.

Paulino.

Tomé una pistola, y jugueteando con Adelayda, la apunté y la dixe: mira como te mato; y al instante... ¡ó Dios, ten compasion de mí!... salió el tiro, y la pobre... cayó bañada en su sangre.

Enrique.

¿Y saben ya padres lo sucedido?

Paulino.

Yo no lo sé, porque al punto vine corriendo á buscarte; bien que ya entónces oí muchos gritos de los criados, que en mi concepto lloraban la muerte de Adelayda.

Enrique.

¡Si yo pudiera ocultarte!... no ignoras que es terrible la cólera de papá: temo que ha de matarte.

Enrique.

Que me mate, que me mate, yo no quiero sobrevivir á mi hermana.

Enrique.

Yo daria tambien gustoso mi vida por tí y por mi hermana; pero ya no hay remedio; ¿qué haremos? ¿qué partido tomaremos?... Vamos por ahora á escondernos en el pajar.

Paulino.

No, no; mi ánimo es huir.

Enrique.

¿A dónde? ¿no conoces que te han de hallar al instante?

Paulino.

Yo quiero precipitarme en el rio.

Enrique

¡Por Dios, hermano! Esta ac-

cion seria mucho peor que la otra.

Paulino.

Es verdad; pero yo no quiero vivir...

Enrique.

Oigo pasos. . ¡ó Dios!... papá es.

Paulino.

¡Ay!... ¡ay!... hermano. . querido hermano... *Cae desmayado.*

ESCENA III.

Los dichos y Mr. de Belmont con una pistola.

Belmont.

¿Quál de vosotros es el perverso, el infame que ha quitado la vida á mi amada hija?

Enrique sè postra á sus pies.

¡Ah papá !... mirad... Paulino se ha muerto... y Adelayda...

Belmont.

¿Con que el perverso Paulino es el que ?...

Enrique.

¡No señor... no es él... no es él !.. Tiradme á mí... por el amor de Dios..

Belmont.

¿Luego tú eres... tú ? ¡hijo perverso ! muere ahora mismo.

Le coge del cabello.

Paulino va volviendo en sí.

Enrique.

Sí señor... teneis razon... muera yo ; ¡pero no castigueis á mi her-

mano... (*Repara en su hermano.*) pero él vive... vive... ¡Bendito sea Dios!

Paulino, viendo que su padre tiene asido á Enrique con una mano, y en la otra una pistola, se arroja á los brazos de su padre diciendo:

Paulino.

¡Cielos! ¿qué vais á hacer amado padre?

Belmont.

Libertar al mundo de un asesino que me ha quitado la vida, quitándosela á mi hija, siendo de tantas maneras parricida.

Enrique.

¡Muera yo, padre mio!

Paulino.

No sino yo, que soy el culpado; yo he muerto á mi hermana.

Belmont.

¿De esta suerte pretendeis engañarme? ¿quál de los dos? ¿quál?...

Enrique.

Yo, yo tomé la pistola de encima de la mesa.

Paulino.

No le creais, padre mio; Enrique estaba en este quarto

Belmont.

¡Como! Uno ha cometido un delito atroz; el otro quiere que quede impune; me veré obligado á

matar á entrambos: ¿quál de los dos disparó la pistola?

Los dos.

Yo.

Paulino.

Enrique estaba aquí; á mí debeis castigarme.

Belmont.

¡Ah! sin duda los dos sois culpados; los dos sereis castigados.

ESCENA IV.

Los precedentes y Mr. Everard.

Mr Everard conteniendo á Belmont.

Por Dios Mr. Belmont: ¿qué vais á hacer? Bien temia vuestra

esposa que vuestra cólera.

Belmont.

Y vos ¿con qué derecho me impedis el vengar la muerte de mi Adelayda? ¿no soy dueño de disponer de mis hijos?

Mr. Everard.

Adelayda no ha muerto.

Enrique y Paulino.

¡Cielos! ¡qué felicidad!

Belmont.

¿Pretendeis engañarme para contener mi venganza? Mr. Everard, os juro...

Everard.

Y yo tambien, Mr. Belmont.

Belmont.

Estos miserables.

Everard.

Son inocentes: ninguno de ellos.

Paulino

No; yo soy...

Enrique.

No le creais, señor, que yo he sido....

Everard.

¿Qué decis, insensatos, si ella misma?....

Belmont á Everard.

¿Os empeñais en deslumbrarme? pues venis á tiempo en que mi cólera será capaz....

Everard.

Os juro.

Belmont.

Lo que no debo creer.

Everard.

Vuelvo á deciros que Adelayda soló tiene una levísima herida.

Belmont.

Si me engañaseis... si... pero; ¿no la he visto bañada en sú sangre? ¿no la he visto sin movimiento y sin vida?

Everard.

Pronto os convencerán de mi verdad vuestros mismos ojos. No hay duda le habeis hallado de esa

manera, pero no estaba muerta. El tiro ha maltratado solo un poco la piel, y el aturdimiento y espanto la hiciéron caer en tierra desmayada.

Belmont.

¿Hablais de veras, Mr. Everard?

Paulino.

¡O Dios! ¡qué regocijo siento!

Enrique.

¡Y yo tambien!

Everard.

Por dicha llegué á tiempo, la apliqué los remedios convenientes, con ellos facilmente volvió en sí, y no corre el menor peligro.

Belmont despues de una breve pausa y suspirando.

¡Al fin respiro!... pero quiero verla al momento.

Everard.

Tened un poco de paciencia: al instante vendrá aquí mismo, porque está mudando de trage.

Belmont.

Voy pues á descansar en tanto... ¿pero habla? ¿no siente dolores?

Se sienta, los hijos se acercan y quieren tomarle las manos.

Apartaos... si Adelayda no ha muerto, no tiene que agradecerlo á sus hermanos.

Everard.

Acabad de conocer, Mr. Belmont, que estos pobres muchachos estan inocentes.

Belmont.

¿Inocentes? ¿quién les habia dado licencia para tomar las pistolas? ¿no saben los efectos de las armas de fuego? ¿no les he dicho mil veces que aunque sepan que no estan cargadas...

Everard.

Pero vuestra hija dice que toda la culpa es suya; quiso al parecer jugar con la pistola, y se la disparó sin saber cómo.

Belmont.

Vaya que no está mala la invencion: ¿con que ahora las balas no salen rectas? ¿No veis que no podria haberse herido la muchacha, á no apuntarse á sí misma?

Everard.

Sí; pero.... no habia hecho esa reflexîon.

Belmont.

Y estos pícaros disputan sobre quien es el autor del atentado.

Everard.

Pero es preciso perdonarlos; porque ya veis que en semejante ocasion nadie quiere cargar-

se con la culpa.

Belmont.

¿ Pero si es todo lo contrario ? Cada uno se imputa á sí mismo el crímen , y porfian por recibir el castigo.

Everard los abraza.

¿ Es posible ? generosos muchachos... ¿ quál de los dos ?

Paulino.

Yo señor , yo he sido.

Enrique.

No le creais , porque él no ha sido.

Everard.

¡ Nò he visto cosa semejante ! Mr. Belmont, si no os conmue-

ve tanta generosidad... Bien conozco que alguno de ellos ha sido el inconsiderado ; pero tambien ofrecerse este al castigo , y querer el otro sufrirle por su hermano , son rasgos que tocan en heroismo , de que apénas son capaces las mas grandes almas. Perdonadlos , que bien lo merecen.

Belmont.

Antes quiero ver á mi hija.

Enrique.

¡ O amado Mr. Everard !

Paulino.

Bien se conoce que sois nuestro verdadero amigo.

ESCENA V.

Los dichos, Madama Belmont, guiando á Adelayda; está algo pálida, y vendada la frente: sus hermanos corren y la abrazan afectuosamente.

Belmont á su hija.

¡O cielos! ¡qué satisfaccion! ¿es posible que vuelvo á verte?

Madama Belmont.

¿Y yo á mis hijos? ¡quánto he temido alguna desgracia vuestra! preocupada del dolor reparé tarde que mi esposo se habia apoderado de la otra pistola.

Enrique.

Lo principal es que viva nuestra querida hermana.

Belmont.

Buena fortuna habeis tenido en que viniese tan á tiempo Mr. Everard, porque si no... ciego, agitado de cólera.... y la pistola cargada.... ¡Válgame Dios! ¿Qué iba yo á hacer en aquel instante de furor? Yo os doy mil gracias, Everard. A no ser por vos, puede que hubiese cometido una atrocidad.

Paulino.

¿Perdonarás mi aturdimiento, hermana mia? ¡ó!... perdóname: yo

te lo ruego: ya sabes que no ha sido con malicia...

Adelayda.

¿Pero qué? yo no entiendo lo que dices: ¿pues no fuí yo la que dixe que queria disparar....

Paulino.

Calla por Dios, Adelayda; tu bondad me quebranta el corazon.

Everard aparte á Belmont.

Separémonos un poco, y finxamos que no atendemos á las razones de vuestros hijos. Se conoce que tienen deseo de explicarse; pero los contiene el temor que les inspira vuestra presencia.

Belmont.

Para eso será mejor que nos retiremos de aquí por un breve rato; porque tambien deseo descargar esta pistola, cuya vista me hace estremecer, sin embargo de que está en el seguro.

Madama Belmont.

Sí, esposo mio; y así tambien estaré yo mas tranquila.

Everard.

En fin, el mal no ha sido el que podia; y os aseguro que en muy pocos dias no quedará á Adelayda ni aun señal de su herida.

Belmónt á los hijos.

Voy á poner este fatal instru-

mento donde nadie le vea ; y entretanto conformaos, porque vuelvo luego, y quiero saber quien de vosotros ha sido causa de nuestro pesar, y del riesgo de vuestra hermana.

ESCENA VI.

Madama Belmont, Paulino, Enrique y Adelayda.

Paulino.

Espero, hermana mia, que no por eso me aborrecerás.

Madama Belmont.

¿Con qué tú, Paulino, has sido....

Enrique.

No mamá, yo.

Adelayda.

¿Qué es lo que dices? considera que mamá es muy tierna, y debemos confesarla todo. Sí señora: no fué mas que un juguete desgraciado de Paulino; pero ¡quánto habrá sido su dolor al verme caer ensangrentada! ¡y quál seria ahora su desesperacion si el cielo no me hubiese conservado la vida!

Paulino.

Creo que me hubiera quitado la mia, á no ser por el generoso Enrique... ¡O hermano mio! (*abra-*

zándolo) nunca, nunca olvidaré tu fineza: mi vida estaba en tu arbitrio, y...

Madama Belmont.

¿Cómo es eso? ¿Qué dices?

Enrique.

¿Pues qué? ¿no habrias hecho tú lo mismo por mí?

Paulino.

Pienso que sí; pero, mamá, sabed que quando padre entró en este quarto con la pistola en la mano, yo de temor perdí el sentido; mi hermano se atribuyó la culpa, y ya mi padre apuntaba al corazon de Enrique, quando volví en mí, y viendo lo que pasaba,

grité que yo era el matador de Adelayda. Entónces mi padre, dudando á quien debia castigar, quedó suspenso, y por fortuna llegó á esta sazon el buen Mr. Everard á protegernos....

Enrique.

Y á darnos la feliz noticia de que Adelayda vivia.

Madama Belmont.

¡Enrique mio! ¡hijo dulcísimo de mis entrañas! (*Abrazándole*) déxame derramar lágrimas de alegría sobre tu rostro.

Enrique.

¿Pues nuestra Adelayda no ha tomado tambien la culpa sobre sí?

y mi amado Paulino, ¿no me ha salvado del golpe mortal acusándose á sí mismo?

Paulino.

Peró tú ya me habias dado el exemplo.

Madama Belmont.

Los tres sois mis amados, mis virtuosos hijos; y toda la delicia de mi corazon.

Paulino.

¡Ah mamá! yo solo no merezco ser de ese número, por haber ocasionado á todos tanto susto, riesgo y dolor á nuestra hermana, y expuesto á Enrique á la muerte; pero en adelante procuraré ser bue-

no, dócil y obediente ...

Adelayda.

No prosigas, Paulino mio, que me enterneces demasiado: ¿ pero no harémos bien en ocultarle todo esto á papá, para que no conserve resentimiento alguno hácia tí?

Paulino.

No; yo he cometido el delito, y debo sufrir la pena.

Madama Belmont.

Si vuestro padre insiste es preciso confesarlo todo, é implorar su perdon... pero él viene.

ESCENA ULTIMA.

Todos.

Belmont.

Ea, ¿ no sabré yo quién ha sido el temerario ?

Paulino de rodillas.

Yo, señor, yo he sido, y me someto al castigo.

Enrique y Adelayda lo mismo.

Perdonadle, amado padre.

Enrique.

O participemos tambien de su castigo.

Belmont.

Levantaos, hijos mios : me avergonzais; casi debiera yo pe-

diros el perdon que solicitais... ¡cielos! ¡á qué horrible atentado pudo conducirme la ceguedad de mi cólera!... ¡qué angustias hubieran sido despues las mias!... Generoso Enrique, ¡en qué poco ha estado el haberte yo dado la muerte, y privar al mundo de una alma que le ennoblece!

Paulino.

Señor, nunca volveré á manejar nstrumentos tan peligrosos.

Belmont.

Y yo reprimiré siempre los impulsos de tan reprehensible cólera.

Madama Belmont.

Si cumplis vuestra palabra, este dia de susto será el mas fe-

liz de toda nuestra vida.

Everard.

¡ Qué satisfacciones, qué gloria podeis esperar de tener unos hijos tan generosos, y que son tan digno exemplo del amor fraternal!

Fin del Drama.

Acabada la pieza, que fué muy aplaudida, Adela, Enriqueta y Leon, acompañados de la orquesta, cantáron las letras siguientes.

Amoroso padre,
que de qualquier modo
digno eres de todo
nuestro tierno amor.

Recibe el obsequio
de tus dulces hijos,
cuyos regocijos
muestran su aficion.

Y logres mil años
tan plácido dia,
lleno de alegría
y satisfaccion.

Porque sin tu vista
amor nos condena.
á una amarga pena
y eterno dolor.

Luego bayláron los muchachos una especie de danza alemana, que mereció universal aplauso, y con que se dió fin al espectáculo. Lloraba Palemon de ternura; abrazó á sus hijos; y dexándolos para que mudasen vestidos, volvió con sus amigos á la casa, donde Marcela habia dispuesto cena para todos, á costa de nuestros muchachos, los quales luego se presentáron, y recibiéron mil enhorabuenas de

los concurrentes. Presidió en la cena la alegría ; Leon , al postre, recitó una oda que no puedo ofrecer á mis lectores, por no haber logrado copiarla ; despues se repitiéron las letrillas dirigidas al padre , y por fin se bayló hasta las tres de la mañana. Se fuéron todos los convidados , y los de casa se retiráron á sus respectivos lechos, llenos de imágenes alegres que les conciliáron el sueño mas regalado y pacífico.

¡ Yo te saludo , techo rústico y feliz del anciano Palemon ! ¡ tú eres el asilo de la paz , de la franqueza y del contento ! En tu seno

se hallan la confianza, la ternura, la moral sin afectacion, sin tédio y con seguridad. En tí la virtud no excluye al placer; y la prudente severidad brilla unida con los alhagos del corazon. ¡ Buen Palemon, tus hijos te han festejado, y este ha sido, sin duda, el mas feliz de tus dias!

TARDE LII.

LA PACIENCIA.

Continuacion de la historia del hombre invisible.

Pasáronse algunos dias sin que acaeciese cosa particular en la granja ; y la materia principal de la conversacion fué la fiesta referida, porque los muchachos nunca olvidan semejantes funciones. Su padre estaba muy contento de la pieza de Leon , atendida la corta edad del muchacho. No era el drama de

íntriga, pero estaba bastante bien conducido; las escenas se enlazaban de un modo muy natural, y el diálogo no era pesado. A mas de esto el objeto era moral, y muy conforme á la educacion que Palemon daba á sus hijos. Pidió una copia á Leon, y la leyó en su quarto con tanto interes como satisfaccion. Advirtió en ella el germen de un talento nada vulgar; pero con todo, temia que el amor propio malograse las esperanzas que presentaba el jóven autor. Sabia que esta especie de talento no admite mediocridad, y que era al mismo tiempo poco lucrativo para sub-

sistir solo con él. Por tanto llamó á Leon, y despues de haber celebrado sus producciones, le encargó que las tomára como un simple desahogo; le renovó la órden que anteriormente le habia dado de mostrarle quanto compusiera, pues él se lo guardaria todo hasta el tiempo oportuno de devolvérselo; y le añadió: hijo mio, no conozco carrera mas ingrata y penosa que la de la literatura, y particularmente por lo que hace á la poesía; no hay duda en que esta es la habilidad mas apreciable, por quanto exîge mas dones naturales, y en algun modo el poeta se consti-

tuye superior sobre los demas hombres; pero al mismo tiempo estos hombres, como no saben lo que cuesta este trabajo, no le aprecian justamente; al contrario, excita su envidia, y por eso no hacen justicia á semejante mérito. Así es que un buen mercader y un buen artesano son mas felices que los mayores poetas; y aunque por obscuros no son celebrados, tampoco son perseguidos. Diviértete pues, amigo mio, en la literatura; pero no la hagas tu principal ocupacion. Yo sé tambien que regularmente esta diversion suele convertirse en especie de mania; pe-

ro yo me lisongeo de que destinado á trabajos mas serios, te entregarás totalmente á ellos, y harás tu felicidad y la mia procurándote un establecimiento que no te pueden proporcionar las Musas. Ve aquí, hijo mio, lo que queria decirte sin amargura ni enfado, y sin pretender imponerte la dura ley de que nada escribas: ¡ no quiera Dios que me aproveche contra tí de una ocasion que me ha causado tanto placer! no, amigo mio; lo que hoy te digo, te lo diria en todo tiempo: porqué esto no es mas que hacerte presentes unas observaciones generales, que no deben apri-

síónar tu talento, y mucho ménos en unas ocasiones como, por exemplo, la de mis dias. En semejantes circunstancias serias un ingrato no sacando partido del talento que tienes; pero á no ser para tales objetos, te aconsejo que dexes descansar tu lira, pues otros trabajos te ofrecerán ventajas mas sólidas.

Dicho esto, abrazó á Leon, el qual conoció el peso de sus consejos, y le prometió seguir en todo su sábio dictámen, sin dexar de la mano un instante sus ocupaciones ordinarias. Padre é hijo se separaban mútuamente satisfechos, pero los reunió el ruido de una si-

lla de posta que paró á la puerta de la granja. ¡Qué alegría tan grande fué la de ambos al ver desmontar á Mr de Longchamps acompañado de un hombre muy anciano, pero cuya fisonomía era la mas animada y respetable: Mr. de Longchamps abrazó á entrambos, diciéndoles: ¡ved aquí á mi hombre invisible, mi bienhechor y segundo padre! ¡mucho me ha atormentado, pero muy grande ha sido la recompensa! Ea, ¿cómo estan vuestros hijos preciosos? este me parece que es Leon: ¡mucho ha crecido!

Corrió éste á avisar á sus her-

manos la llegada de este hombre extraordinario; y todos acudiéron á recibirle y abrazarle, clavando los ojos en el anciano con la mayor curiosidad. Sabian (y les causaba mucho placer) que pasarian algunos dias en la granja, y esperaban impacientes el momento en que, reunidos en el terrazo, se seguiria la historia del hombre invisible. Llegó en fin este deseado instante, y Mr. de Longchamps se explicó de este modo.

Voy á dar principio á una relacion, que, al parecer, deseais con ansia oir; y luego suplicaré á mi amigo que la finalice, pues-

to que se acordará, mejor que yo, de todas las particularidades. Quando os dexé, que hace un año, volví á París, adonde era llamado por órden de mi hombre invisible, que como sabeis, hacia diez años que me seguia por todas partes, sin que yo pudiera verle. En París pues fué donde nuevamente me ocurriéron los sucesos mas raros. Llegué á esta capital, y me alojé en una casa de la calle de Vaugirard, muy cerca del teatro de la comedia francesa. No ignorais que nunca me faltaba dinero ni alguna de las comodidades de la vida; y que solo me afligia el sentimiento de

ignorar los secretos de mi familia, y no conocer al hombre que arreglaba mi conducta de modo tan imperioso. Hacia algun tiempo que se mostraba ménos arrimado á mí, y no hacia mas que escribirme de quando en quando para ordenarme el lugar donde queria que habitase. Habia yo tomado un criado, persuadido á que viviria siempre en París, pero no habia tenido por conveniente confiarle mis sucesos, como que nada le interesaban, y en su boca podia aventurarse el secreto. Una noche de invierno, quando volví á mi casa, hallé una gran alumbrarada en la chimenea, muchas

bugías encendidas, una mesa rodeada de cubiertos, y á mi criado ocupado en recogerlos. Le pregunté ¿ha venido aquí alguno? —Vos lo sabreis. —¿Yo? ¿cómo? —¡Bueno es por cierto convidar á las gentes y no parecer! —Pues yo ¿á quién he convidado? —Creo que á un anciano muy respetable: dice que es pariente vuestro, y si dixera que padre lo creeria, segun lo mucho que se os parece. —¡Válgame Dios!.. ya se quien es... ¿á qué hora ha venido? —— A cosa de las cinco, y habrá un quarto de hora que se ha marchado, habiendo estado ántes larguísimo rato escribiendo sobre esa mesa.

Registré los papeles de la mesa, y entre ellos hallé este villete: *Muda al instante de barrio; si viniere á verte un sugeto, como de quarenta años, alto, seco y rubio, no respondas á sus preguntas sino con alguna ficcion; guárdate de hablar de mí; pronto me verás.*

Cumplí exâctamente esta órden; y á la mañana fuí á ajustar una habitacion en la calle de Montmartre, y dí mis disposiciones para pasar á mi nueva morada mi equipage, muy contento con la promesa que me hacia el incógnito de manifestarse en breve. Dos dias despues se presentó en mi casa un particular,

con las mismas señas que decia el villete; y apénas entró me dixo: ¿vive aquí Mr. de Longchamps? Sí señor. —— ¿Sois vos por ventura? —— Sí por cierto. —— Perdonadme pues si en calidad de vuestro difunto padre... — ¿De mi difunto padre? mi padre vive, y me seria muy sensible el no asegurarlo. —— ¿No sois el sobrino de Mr. Lerval? —— ¿Mr. Lerval? no conozco á nadie de semejante apellido. — Creo que os burlais, porque yo sé muy bien quien sois; y á mas de esto, sois tan parecido.... ¿A mi padre? mucho; pero él se halla á cien leguas de aquí, y

dudo que le conozcais. —— Sin embargo... —— Pero ¿á que se reducen todas estas razones? ¿quereis algo de mí? ¿puedo serviros en alguna cosa? decidmelo pronto, porque estoy bastante ocupado. —— Creo que intentais deslumbrarme: ¿os han prevenido acerca de mi visita? —— ¿Y quién sois vos para hacerme tan indiscretas preguntas? —— ¡Temblad de saberlo! — ¿Cómo? ¿amenazas á mí, y en mi propia casa? Salid de aquí al instante, hombre imprudente, y sabed que sin duda os equivocais exâminando á un hombre que solo ha venido á París á negocios particulares. Miróme el

desconocido, y salió diciendo entredientes algunas expresiones, de las quales solo percibí esta: *¡ Ah ¡ si no estuvieses tan sostenido!*

No comprehendí á qué pudiera dirigirse esta claúsula. Sin detenerme pasé á ocupar mi nueva habitacion, que hasta entónces no habia estado dispuesta, y allí recibí una carta de mi invisible, en que me decia: que habia respondido muy bien al hombre de la visita; pero que lo habia hecho con un tono demasiado altivo, lo qual le infundió muchas sospechas; pero que pronto se aclararia todo. Algunos dias despues paró á mi puer-

ta un coche, salió de él una muger, subió á mi quarto, tomó asiento, y me dixo que queria hablarme á solas. Mandé retirar á mi criado, y luego la muger me dixo así: caballero, yo vengo á haceros una restitucion. —— ¿A mí, señora? —— Sí señor: yo debia la cantidad de mil y doscientas libras á vuestro padre, quien me las habia prestado baxo de resguardo, pero despues de su muerte, habiendo experimentado varios contratiempos, no me he visto hasta ahora en disposicion de satisfacer la deuda. —— Señora, yo no comprehendo... —— Vuestro padre te-

nia mi recibo; pero sin duda le quemó juntamente con los papeles importantes que entregó á las llamas el dia anterior á su muerte; ya veis que estoy instruida.

Miré atentamente á aquella muger, y sus ojos me pareciéron falsos y aun alterados, por lo que esforzando el disimulo, la dixe: sin duda os engañais, pues mi padre... — Ya os he dicho que le conocí; su esposa, que murió al daros vida, era mi mayor amiga; no gasteis conmigo disimulos, y tomad vuestro dinero.

Tenia aquella muger el bolsillo en la mano; parecia que sabia to-

dos los secretos de mi familia, y acaso yo por saberlos me hubiera descubierto á no haber oido la voz de mi criado, que en la escalera cantó estos dos versos: *Calla ruiseñor amante, y no descubras tu nido.* Perdí el color, y la muger me preguntó si me habia indispuesto; la respondí que sí, y llamé al criado, que entró al punto. La señora insistió en que tomase la cantidad, y yo la aseguré que se engañaba, porque mi padre vivia; que habia oido hablar de los sucesos de uno que llevaba mi mismo apellido, y que varios me habian tenido por él; pero que en reali-

dad yo era un sugeto recien llegado á París, y que tenia la dicha de que todavia exîstiese mi padre. Al cabo de estas y otras razones, concluí suplicándola me dixese su nombre; pero ella se levantó, al parecer muy enojada, y salió diciéndome que era inútil se me diese á conocer, una vez que se habia equivocado.

Apénas se fué, mi criado Fermin, que era muy bueno, y me amaba, me abrazó, exclamando: ¡ Ah señor! ¡ qué bien habeis hecho en no dexaros engañar de esa picarona ¡ — ¿ Por qué? —— Apénas entró quando.... yo estaba.... allí, en

la escalera limpiando el vestido azul... el que tiene botones de nacar.... ¿no sabeis? —— Sí, hombre, sí, prosigue. -- Pues, señor, aquel viejo, que yo creo que es vuestro padre aunque no me lo quereis decir, vino, y hallándome en la escalera me dixo: ¿estimas á tu amo? —— Infinito. — Pues si quieres librarle de un gran peligro, canta en voz alta lo que te diré; yo obedecí; el anciano me dió un luis, y escapó corriendo.

¿Qué nuevo incidente, dixe para mí, será este de que he salido con tanta felicidad? ¿con que esta muger es mi enemiga? ¡este

hombre, que me sigue á todas partes, de todos se dexa ver y conocer ménos de mí, que soy sin duda el único objeto de sus cuidados! me llena de beneficios, los que extiende aun á los que me sirven; pero no por eso dexa de ser cruel mi estado de incertidumbre: ¿quándo se acabará?

Mas de un mes pasó sin haberme ocurrido novedad, y empezaba á tranquilizarme. Habituado á los sucesos mas extraordinarios, no me afectaban tanto como al principio. A la turbacion, al desvelo, y á la incertidumbre de mi suerte, á todo me acostumbré; y me entrega-

ba á la disipacion como si tuviera el destino mas feliz y mas asegurado. Mi diversion favorita era el teatro. Fuí á la opera un dia de mucha concurrencia; concluido el espectáculo salí y tomé el camino de los baluartes, por hacer algun exercicio ántes de volver á mi casa ; ví bastante gente reunida ; estaba conmigo Fermin : que me esperó al salir del teatro , y le dixe ve é informate de lo que hace allí tanta gente ; obedeció el criado, y volvió diciéndome , que era una señora muy bien puesta, que se habia desmayado, y la estaban socorriendo. En esto se me acercó un

hombre furioso, y exclamó: sí, es el criado de Longchamps; yo le he conocido: ¿es ese su amo? — Yo soy, le respondí. — Traidor seas el que detesto, ó qualquiera otro, tú ó yo hemos de dexar aquí la vida.

Al punto conocí que era el hombre que me habia visitado, y le dixe: ¿qué significa ese arrebato? — Voy á perder á mi esposa; allí, allí está espirando; y tú y los tuyos sois la causa. — ¿Yo? explicaos. — No trato de explicaciones.

Puso mano á la espada; yo no la traia, y reparé sus golpes con

el baston; al momento nos rodeó un tropel de gente; Fermin se abrazó con mi enemigo, le separó á un lado, y le echó en el suelo. Yo viendo esta escena, estaba inmóvil, quando sentí que me ponian disimuladamente un papel en la mano. Quedé asombrado, y mucho mas al reparar que sólo me rodeaban gentes mal vestidas, que habian acudido al ruido: abrí el papel, y á la luz de un reverbero hallé escrito con lapiz lo siguiente: *Huye, sube en un coche pagizo que hallarás en el rincon de la calle Grange-Bateliere, y serás conducido á parte segura.*

Atónito con este nuevo aviso, quise buscar al que me le daba, quando se acercó Fermin apresurado, y me dixó: señor, retirémonos, el viejo del otro dia me lo ha encargado. —¡Dónde está?— Se lleva á vuestro contrario, el qual parece que le respeta mucho.— ¿Hácia dónde han tomado? —¡Bravo! ¡á buena hora! ya estarán muy léjos de aquí, porque habiéndose metido ambos en un coche, juntamente con la muger del desmayo, han echado á correr quanto era posible.

Yo no sabia lo que me pasaba; Fermin me guió, y como á una

máquina me conduxo á la calle Grange-Bateliere, donde en efecto hallamos el insinuado coche, que no dudé seria propio de mi invisible, ni que probablemente queria llevarme á su casa, y manifestárseme allí. Miéntras yo reflexîonaba esto, me dixo el cochero: vos sois el que espero; subid pronto, y marchemos. Dicho esto, abrió la puertezuela, me dió el brazo; tomé asiento; Fermin se puso á la trasera, y partió el coche como un rayo. Acaso, amigos mios, extrañareis mi confianza, que en efecto parece peligrosa, pero yo no dudaba que todo era

disposicion de mi bienhechor, y por eso procedí con tanta resolucion. Este respetable anciano habia hablado con Fermin, y yo no podia resistirme á sus consejos. Advertí que me hiciéron atravesar todo París; despues me lleváron por mil rodeos, y conociendo que esto era precaucion por si me seguian, esto me sugirió muy tristes reflexîones. ¿Quién soy yo? dixe para mí, ¿en qué he ofendido á los malvados que me persiguen? El hombre bárbaro que me ha asaltado esta noche atribuye á mis parientes y á mí las desgracias de su esposa; mi protector dice que

llevo sobre mi frente el sello del deshonor, ¿qué desdichas son las que rodeáron mi cuna? ¿qué vida de novela es la mia? Ya hace diez años que sufro los vaivenes de una suerte injusta, acaso mas por el capricho que por el ódio legítimo de los hombres. No sé quien soy, ni á quien pertenezco, ni donde he nacido, ni me reclama la sociedad. ¿Quándo se acabarán tantas incertidumbres y persecuciones? ¡hombres crueles, terminad de una vez mis fatigas! ¡decidme quáles son mis crímenes, y vengaos si os he ofendido! ¿Pero quién es mi ene-

migo? ¿por qué no recurre á las leyes? ¿y por qué me quitan la facultad de implorarlas en mi favor? El bárbaro que queria asesinarme, y la muger desmayada, ¿qué tienen que imputarme? Pero ellos conocen á mi invisible, le manifiestan respeto, y entran juntos en un coche: ¡qué misterio tan profundo! ¿quándo será el dia en que le descubra?

Haciendo estas reflexîones y otras aun mas amargas, reparé que el coche paraba á la puerta de una casa de campo, simple y aislada, cuyo exterior me era absolutamente desconocido, y tam-

bien sus inmediaciones. Desmontó el cochero, llamó á la cochera, le abriéron, entró, cerró la puerta por dentro, y me dexó dentro del coche. Fermin me abrió la portezuela, y al instante le mandé que se informara de alguno, y supiese de quien era la casa, y el sitio en que estabamos. En esto se abrió enteramente la cochera, se presentó el cochero que me habia traido, é hizo entrar el coche en un patio muy vasto. Un anciano, que parecia ser Conserge, se presentó tambien, y con mucha urbanidad me rogó que entrase en una sala baxa, donde hallé luz y

lumbre. Mi criado quiso salir, pero le encargáron que me hiciese compañía, y estuvimos los dos cerca de una hora sin que alguno compareciese. Viniéron luego el anciano y el cochero; dispusiéron una mesa muy cómoda, y me sirviéron una excelente cena. Preguntéles en qué casa estaba, y el nombre de su amo; pero con mucha sumision me respondiéron, que tenian órden de no contestar á mis preguntas. Cené, Fermin hizo lo mismo junto á mí; y despues enseñándonos las camas que debiamos ocupar, se retiráron.

Fermin y yo nos mirábamos

atónitos ; no sabiamos si nos hallábamos en algun sitio encantado. El criado , que ignoraba mis sucesos , empezó á asustarse , y como yo tenia en él mucha confianza , le participé quanto me habia ocurrido. Quedó el pobre mozo tan asombrado , que no podia hablar ; pero me prometió , secreto y quanto de él dependiese. Esta conversacion nos ocupó bastante tiempo ; y apénas la habiamos concluido , quando oímos entrar un coche , y luego una voz , que conocí era la de mi invisible , y preguntó al Conserge : ¿ ha llegado¿ Sí señor. — ¡ Bueno. !

Calló mi invisible, y en vano esperé que se presentára; el gran silencio que luego reynó en la casa, me persuadió á que todos se habian acostado. Yo tambien me entregué al sueño, tranquilo en quanto á mi seguridad, y persuadido á que la mañana siguiente veria á mi favorecedor, que sin duda se habria retirado por hallarse muy fatigado, y no ser ya hora de hablar. Estabamos en el rigor del invierno, quando las noches son tan largas; y yo no sabia qué hora era, quando sentí que alguno me tocaba. La obscuridad mas grande reynaba en

la estancia; pero al punto me incorporé, y con tono amenazador y resuelto dixe: ¿quién va? — Yo soy, Longchamps, tu amigo, tu protector, y tu desdichado pariente.

Era en efecto mi invisible. ¿Vos, le dixe, pariente mio? — Sí, lo soy, y tambien tu único apoyo, pues á no ser por mí, mucho tiempo ha que no exîstieras. — ¿Qué decis? ¿pues quién persigue mi vida? — Dos personas, á las quales has hecho infelices. — ¿Yo? ¿cómo? — Algun dia lo sabrás, y te llenarás de horror; oye ahora, que los momentos son precio-

sos. Luego irás á ocupar una casa que he alquilado para tí; situada al fin de la calle del Infierno, y es la última á la izquierda; tomarás el nombre de Vertange, y no saldrás hasta que yo te avise.— Pero por Dios que me digais el secreto de...—Es imposible; te perderias y aumentarias mis infortunios. Vendrá un tiempo, y acaso no está distante, en que lo sepas todo; diez años ha que trabajo en preparar este feliz instante, pero no ha llegado todavia, aunque no puede tardar. A un tiempo mismo sabrás tus desgracias y tu felicidad, porque serás el hombre mas

dichoso. ¡O amado Longchamps! entónces te agradecerás á tí mismo tu sumision y paciencia. Levántate, despierta á tu criado, y parte al momento. — Por compasion, ¡ó vos! á quien oigo con tanto placer, servios de permitirme mirar vuestra respetable presencia: concededme que vea un semblante en que sin duda están impresas la dulzura y la bondad que os caracterizan. — Todavia no puedo complacerte; algun dia sabrás los motivos. Demas de esto, ¿qué te importa el verme ó no? ¿no me encuentras siempre á tu lado, quando ménos lo piensas? Ayer mis-

mo, ¿no te entregué el favorable villete que te ordenaba tomases mi coche y huyeses? junto á tí estaba, al tiempo de tu pendencia con el insensato que.... — ¿Y quién es aquel bárbaro? — No te lo puedo decir. A Dios, á Dios querido Longchamps; parte ántes que amanezca, si quieres complacerme; y sobre todo, guárdate de hacer preguntas á mis criados, pues te expones, y nada sabrás. Abraza á tu protector, y cuenta siempre con él.

Abracé á este hombre admirable que me imponia respeto y silencio; no tuve valor para decir-

le mas, y le oí cerrar tras sí la puerta de la sala en que yo me hallaba. Muy poco despues entró el Conserge con la luz, y me dixo que el coche estaba ya aguardándome. Resignado á cumplir hasta los mas leves preceptos de mi protector, que se me hacia invisible mas que nunca, me vestí; y lo mismo hizo Fermin, que lo habia oido todo, sin valor para moverse durante nuestra conversacion. No sin admiracion hallé sobre mi cama un saco de dinero, con esta inscripcion: *Regalo hecho á la docilidad*; le tomé, y juntamente con Fermin ocupé el coche. Todavia

era demasiado obscuro para que yo pudiese distinguir los objetos; y el cochero con toda cautela dió mil vueltas y revueltas, luego entramos en París, que atravesamos al amanecer, y llegamos al principio de la calle del Infierno, donde nos hizo apear el cochero, diciendo que tenia órden para no llevarnos mas adelante. Quise regalarle, pero nada admitió, y desapareció al momento. Quedé pues solo con Fermin, y como tenia bien presentes las señas, no tardé en hallar la casa. Llamé; salió á responderme una muger, á quien dixe: ¿no es esta la habitacion des-

tinada á Mr. de Vertange ? —— Sí señor, aquí es ; y apuesto á que vos sois el que viene á ocuparla. — ¿En qué lo conoceis ? —— En que me han dado muy bien vuestras señas, y porque os pareceis mucho al anciano que ha venido á ajustar la casa, pagando adelantado medio año. La habitacion es bonita y muy bien mueblada ; creo que os hallareis contento : venid y la vereis toda. —— ¿No hay otros inquilinos ? —— No señor ; los dos estarémos solos en la casa, y en ella os serviré con todo el esmero de que soy capaz.

En efecto, la casa me pareció

como la muger me la habia pintado; luego que hube descansado un rato, envié á Fermin á traer todos mis efectos que habia dexado en la habitacion de la calle de Motmartre, donde con mi firma se lo entregáron todo con la mayor puntualidad. Viví algunos meses tranquilo en este nuevo asilo. Salia muy poco, y siempre de noche, y me persuadí á que ya estaba libre de la persecucion de mis enemigos, quando una nueva desgracia me puso á discrecion de estos. Ya he dicho que en mí el teatro era la pasion dominante; pero hacia mucho tiempo que no disfrutaba de es-

te placer; la vida sedentaria que llevaba era demasiado monotona, para no acordarme de mis antiguas diversiones; y como las noches eran tan largas, creí que nada me arriesgaba saliendo y volviendo de noche á mi casa. Una de ella dixe á mi criado que se quedase en casa y me esperase en ella, y porque hacia grande obscuridad, me determiné á ir á la comedia; tomé un villete, y me puse en el rincon mas obscuro del teatro. Por casualidad un ratero se habia colocado junto á mí, quiso robarme; pero le cogí con la mano metida en mi faltriquera; y en mi primer

impetu me obligó á exclamar: ¡*ah pícaro ladron*! Este quiso escaparse, pero yo le contuve; el ruido llamó hácia nosotros toda la atencion de la concurrencia; llegó la guardia, se apoderó del ladron, y me mandáron que siguiese para hacer mi declaracion. Verificóse ésta en el cuerpo de guardia, y concluida volví á entrar en el teatro, donde ocupé diverso sitio, porque el anterior estaba ocupado. No dexé despues de conocer la imprudencia que habia cometido, haciéndome reparable á todo el mundo; pero terrible casualidad será, dixe para mí, que mis ene-

migos precisamente concurran al teatro en el mismo dia que yo, quando no he venido en tanto tiempo. Sin embargo de esta reflexîon, me propuse tomar un fiacre al salir, pero me costó mucho trabajo porque llovia, y todos querian fiacres. Al cabo pude apoderarme de uno; pero no quise decir en alta voz al cochero el lugar de mi domicilio, porque mi intencion era hacerle rodear un poco por las calles para deslumbrar á los que podrian seguirme; y así le mandé que se encaminase á la calle de San Florentin. Obedeció el cochero; pero á breve rato noté

que el ſiacre se paró, el cochero desmontó, y me dixo que no podia proseguir el camino, porque los dos caballos se habian desherrado, y uno de ellos estaba muy enfermo. Conocí que todo era malicia, mas no su género; y así le amenacé, le rogué, pero en vano. Al fin, cansado de su obstinacion, baxé de ſiacre, determinado á castigar al cochero, quando dos ó tres hombres, que no habia visto, y estaban á la trasera del ſiacre, se arrojáron furiosos sobre mí, y me metiéron dentro de una casa. Clamé, per en vano; quise usar del basto única arma que tenia, pero me le

quitáron, asegurándome que no querian hacerme mal, sino únicamente que hablase con los señores de la casa. — ¿ Dónde están ? — Subid.

Acompañáronme estos hombres, y entré en una estancia, donde al instante conocí al hombre alto y seco, y á la muger de la fingida restitucion, que habian venido á visitarme. Infames, les dixe: ¿qué quereis de mí despues de haber seducido á mi cochero para esta maldad? ¿quereis mi vida? pues yo la venderé bien cara. — Solo os pedimos, dixo el hombre, una confesion sencilla y verdadera!—Aun-

qũe tuviera que hacerla, vuestra bárbara violencia me empeñaria en el silencio. —— Monstruo, dixo la muger con furibundos ojos y sacando una pistola, habla, declara ó de no hacerlo, soy capaz de quemarte las entrañas. — ¡Horrorosa persecucion! ¿qué quereis que os diga? Yo no puedo si no repetiros lo que os dixe á cada uno quando vinisteis separadamente á engañarme con falsas suposiciones. Estais empeñados en que yo sea el Longchamps que detestais, no sé por qué; y ya os he dicho y repito que yo soy de una familia que ninguna relacion

tiene con vosotros. — Siendo eso así, ¿por qué cada dia estais mudando de habitacion? ¿por qué os ocultais con tanto cuidado? Sin duda alguno os aconseja y precisa á callar la verdad: ¿no sois hijo del Longchamps que murió en París hace diez años, y la víspera de su muerte quemó todos sus papeles? estos; estos papeles principalmente necesitamos saber si se quemáron todos, pues justamente sospechamos que vos preservasteis de las llamas, y poseeis unos papeles preciosos, de los quales depende el honor de nuestra familia. Si teneis estas horribles pruebas del crímen mas

atroz, si estan en vuestro poder, entregádnoslas, y hallareis en nosotros unos parientes afectuosos en vez de unos implacables enemigos. —— ¿Con que sois parientes mios?.... . . . .

... Casi iba á descubrirme, haciendo mil preguntas indiscretas, quando reflexîoné que estas gentes podian suponer qualquiera mentira, con ánimo de sondearme; y así no hice mas que acompañar mis últimas palabras con una risa falsa, protestándoles que no conocia en París pariente alguno. ——No quiere declarar, dixo el hombre; y la muger añadió. —— Mr. de Ler-

val es quien le aconseja y sostiene. — ¿Mi tio? no es posible. — Ya es forzoso acudir al último recurso.

Al oir esto me extremecí, y mucho mas quando me hiciéron entrar en una gran sala entapizada de negro. En medio habia una gran tumba, y al rededor colgados varios retratos, entre los quales ví en grande el de mi madre, y le conocí por su semejanza con el que me habia dado en miniatura mi invisible. — Ved vuestra madre, dixo el hombre: ¿podreis desconocerla? (*Nada respondí*) ¿podreis no reconocer en este otro retrato



Al silencio y la paciencia
Siempre debes acudir,
Si bien pretendes salir
De qualquiera contingencia:
Muy propio es de la prudencia
Recurso tan singular
En todo tiempo y lugar,
Pues es cosa averiguada
Que se pierde poco, ó nada,
Por sufrir y por callar.

F. Suria lo g.



á vuestro padre? (*Lo era en efecto pero proseguí callando*) ¿y no veis en este á Mr. Lerval vuestro tio?

Este último retrato ofrecia la imágen de un anciano, cuyas facciones eran muy semejantes á las mias, y desde luego conocí que era mi protector; y le estuve mirando silencioso hasta que el hombre prosiguió: ¿no conoceis todas estas personas? ¿pues de qué sirve callar? yo os aseguro que no saldreis de aquí sin jurar primero que nos entregareis los papeles que habeis hallado en casa de vuestro padre, y cuya continua lectura era el tormento de su vida. No

hay remedio; sed sincéro y confiado, y desde luego, abjurando nuestro odio, seremos vuestros mejores amigos.

¡Qué terrible situacion la mia! Impelido por una parte del deseo de conocer los secretos de mi familia, que estos podian revelarme, y por otra sometido ciegamente al plan de conducta que me habia prescripto el invisible Mr. de Lerval, no sabia que partido tomar. Si hablaba, tal vez perdia enteramente la proteccion del hombre mas generoso, y probablemente me entregaba á unos mortales enemigos. Si callaba encen-

dia con mas vigor la cólera de estos, que á pesar de mis evasiones, estaban empeñados en que yo era el que en efecto buscaban. ¿Qué habia de hacer? Mi confesion ya casi estaba en mis labios; y tal vez me hubiera perdido, si mis dos contrarios no hubiesen oido en el quarto contiguo una voz que los intimidó. Era esta agradable voz la de mi favorecedor, el qual decia á algun criado de confianza: ¿pero es posible que tengan tan poco juicio? ¿con que no dexarán en paz á ninguno que se apellide del mismo modo? Ya les he dicho que el Longchamps que

buscan hace años que ha muerto en nuestras colonias.

Despues de estas razones, pronunciadas con mucho calor, se abrió una puerta, y yo esperaba ver entrar á Mr. de Lerval, lo que deseaba ardientemente; pero me engañó el deseo, y solo entró un criado muy viejo, que en alta voz dixo á sus amos: Mr. de Lerval quiere hablaros á los dos en secreto.

Siguiéron aquellos tigres al criado, y yo quedé solo en este lugar fúnebre, iluminado por una lámpara propiamente sepulcral. La tumba y los retratos fixáron mi

atencion, particularmente el de Mr. de Lerval, que era mi tio, y sin duda lo era tambien de mis crueles enemigos. Ya comenzaba á descubrirse un poco este misterio impenetrable hasta entónces; se acababa de correr una pequeña parte del velo que me ocultaba los secretos de mi familia; pero ignoraba todavia los motivos que animaban contra mí, á estas perversas gentes. Aun en el supuesto de que yo tuviese los papeles que pedian, y que habian sido continuo martirio de mi padre, ¿qué interes podian tener en quitármelos, y de qué era yo culpable para

con ellos ? En fin, decia yo, puede que vuelvan con Mr. de Lerval; y sin duda tóco ya en el desenlace de este maravilloso suceso. ¡Vana esperanza! estaba decretado que nada supiese aquel dia. Al cabo de una hora se me presentó el anciano criado, y me dixo que podia retirarme. — Pues qué, ¿no veré ?... — Esta es la órden que me han dado; no puedo deciros mas.

Conocí que desagradaria á mi bienhechor si hacia preguntas; y hallando las puertas libres, salí á la calle, donde vi al mismo cochero y coche que me habia con-

ducido á la casa de campo de mi invisible. Subid, señor, me dixo el cochero, y os llevaré à vuestra casa; acepté el ofrecimiento, y volví á mi casa, donde hallé á mi pobre Fermin desesperado por mi tardanza. Referíle este último lance, y me aconsejó que no saliese hasta tener para ello órden expresa de mi tio. Poco tardé en recibir un villete, donde me decia: *Amado sobrino (porque ya sabes quien soy), con mucha alegría te participo que tus desgracias van á terminarse: me verás en fin, y te instruirás de todo. Mañana á las doce en punto irás á Misa á los Car-*

melitas de la calle de Vaugirard, donde verás á una jóven, vestida de blanco, en compañía de una sirviente anciana en trage de luto. Hazte cargo de ella, pero no la hables. Pronto sabrás mis ideas.

Cumplí á la letra lo prevenido en el papel, pero no encontré en el sitio indicado á la jóven que esperaba. Ya iba á retirarme, de muy mal humor, quando efectivamente ví entrar una señora como de diez y siete años, sobre poco mas ó ménos, con su criada vestida de luto; seguíla sin afectacion; la miré mucho, y observé que ella tambien me miraba

con atencion. Salió de la iglesia, y yo tambien fuí tras de ella un rato, y reparé que se volvió á mirarme repetidas veces, hablando al mismo tiempo misteriosamente con la criada. Bien podia haberla seguido hasta ver donde paraban; pero creí que esto seria ofender la delicadeza y confianza de mi tio, por lo que tuve á bien echar por otro lado y retirarme á mi casa, donde esperé con impaciencia la explicacion de esta aventura. Poco tardé en recibir nuevo villete de mi tio, que me preguntaba, qué tal me parecia la señorita que habia visto, y

si mi corazon se hallaba libre. Respondíle, que ocupado hasta entónces con mis infortunios, no habia tenido gusto, ni tiempo para pensar en amores; que me hallaba con plena libertad de corazon, y que si alguna persona podia triunfar de mi indiferencia, seria seguramente la amable señorita, que habia fixado mi atencion en el Carmen.

Entregué esta contestacion al que me habia traido el villete, y apénas se fué, dixe para mí: yo creo que todo esto se reduce á que me case; pero no consentiré en ello, hasta tánto que me expli-

quen el enigma que tantos años hace me atormenta. No puedo atarme con los lazos del matrimonio, sin estar asegurado de mi felicidad... ¿ pero en qué me detengo? ¿ presumiré que mi tio, que me ha dado tantos testimonios de ternura, quiera implicarme en las cadenas de himeneo, sin quebrantar ántes las de las desgracias que me esclavizan? Mi tio es demasiado prudente y experimentado para obligarme ligeramente á hacer una cosa de la qual depende toda mi dicha. Esperaré pues, sin olvidarme nunca de que me ha encargado confianza ciega, sumision y

docilidad. No de otra suerte, me dixo, llegaré á perfeccionar tu fortuna; y parece se acerca ya este tiempo.

En fin, dos meses despues llegó el tan deseado momento que debia fixar mi destino. Una mañana que me disponia á escribir varias observaciones que habia hecho acerca de diferentes libros científicos que continuamente leia, quedé atónito de ver entrar en mi quarto al cochero de mi tio que me habia conducido á la casa de campo. Señor, me dixo, de parte de vuestro tio vengo á llevaros; pero ántes es preciso que os

sirvais de recoger todo quanto fuere vuestro, porque no volvereis aquí. —— ¿Pues á dónde me llevais? —— Nada temais: os espera una dicha superior á vuestra imaginacion. —— ¿Cómo?... explicadme... —— Os suplico que no me hagais pregunta alguna, pues no podré contestaros; el tiempo os dará á conocer lo justo de mi reserva, y la fidelidad de un criado que ama cordialmente á su dueño.

En efecto este cochero tenia la mas franca fisonomía, que anunciaba una completa providad, no quise insistir preguntándole; lla-

mé á Fermin, y habituado á obedecer en todo ciegamente los menores preceptos de mi protector, ayudé á mi criado á recoger todo lo que me pertenecia. Saltaba de contento Fermin, porque estaba creyendo que iban á finalizar mis males; yo no tenia tanta confianza como él, y sin embargo, su alegría disipaba mi agitacion é inquietud. Quando todo estuvo arreglado, llamé á la muger que me habia asistido, y me despedí de ella, recompensándola liberalmente. Encontré á la puerta el coche pagizo, subí en él con Fermin, y el cochero partió como un rayo. Ví que saliamos de

París; y al cabo de algun tiempo reconocí la aldea de Bagneux donde entramos, y al momento conocí por su fachada la casa de campo, en la qual paró. Mi corazon sintió una extraordinaria alegría, porque pensé que venia á habitar en esta casa, donde ya ántes habia estado, y á conocer en ella al respetable anciano, cuyas facciones, aunque solo las habia visto pintadas, estaban profundamente grabadas en mi corazon. Me apeé, me recibió el viejo Conserge, y me hizo entrar en la misma sala que ántes habia ocupado. Pregunté por mi tio, y me respondiéron que so-



lo en mí consistia el verle prontamente. —— ¿Pues qué consiste en mí? ¿qué es lo que debo de hacer? —— Todo quanto se os prevenga. — ¿Pero qué es? —— Pronto lo sabreis. Traxo Fermin todos mis efectos á la misma estancia, donde me sirviéron un excelente almuerzo, del que tambien participó mi criado, el qual me dixo al oido: ánimo, señor: toda la casa está en movimiento, y creo que os preparan alguna grán funcion.

Aunque siempre admirado de la ausencia de mi tio, almorcé con gentil apetito; y despues el Conserge se presentó y me dixo que le

siguiera. Hícelo, y con grande admiracion mia, me llevó á una estancia muy separada del principal cuerpo de la casa, abrió una puerta, y entré con él en un oratorio, donde hallé á un sacerdote revistiéndose para decir misa. Fermin, que tambien me habia seguido se quedó hecho una estatua. Miéntras que yo exâminaba varias personas desconocidas, sentadas en dos bancos que habia en el oratorio, por sí entre ellas distinguia á mi tio: el sacerdote, encarándose hácia mí, me dixo: caballero, ¿estais dispuesto á seguir enteramente la voluntad de vuestro tio? —— ¿Pudie-

ra yo hacer otra cosa, despues de tan repetidas finezas como le debo? —— Pues sabed que sois amado de una jóven, que solo una vez os ha visto, la qual desea vuestro tio que sea esposa vuestra— ¿Es posible?...— Yo, señor, solo he venido aquí para daros la bendicion nupcial, con las licencias correspondientes. —— Pero es una cosa... —— ¿Teneis aversion á la jóven? —— Sin duda alguna penetro quien es esa señorita, y seria preciso ser muy insensible para no amarla. —— Siendo así preparaos á la piadosa ceremonia que va á celebrarse. —— Pero...—— En ello

consiste que hoy mismo acaben todos vuestros males. —— ¿Pero sabré?... — Todo. — ¿Y mi tio?... — Ya le vereis. —— ¿Cómo no está aquí? —— Sed dócil, y se correrá todo el velo.

Iba á añadir otras preguntas, que manifestaban mi curiosidad é incertidumbre, quando la jóven, con quien querian casarme de modo tan raro, se presentó con la misma criada que la habia acompañado en el Carmen. Estaba vestida sin profusion, pero con la mayor elegancia y decencia. Añadid á esto una figura bellísima, una modestia encantadora, y el virgi-

nal pudor coloreando su hermoso rostro ; y en una palabra , figuraos la muger mas perfecta de la tierra, y tendreis una idea adequada de aquella jóven maravillosa. Enmudecí de admirado , y no pensé mas que en la felicidad de poseer tantas gracias ; ni aun tuve la curiosidad de pregnntar por su nombre : ¡ah señor ! dixe al sacerdote, estoy pronto á contraer el lazo eterno : el premio de mi sumision es muy lisongero. Entónces el sacerdote dirigiéndose á la jóven, la dixo : señorita , ¿ estais conforme en recibir por esposo vuestro á este caballero ? —— Mi obligacion sobraba

para hacerme obediente ; pero debo confesar que mi corazon me hace conocer un sentimiento nuevo, que hará sin duda feliz mi obediencia.

Dexóme embelesado esta respuesta tierna, al paso que decente. Nos arrodillamos junto al altar, y el sacerdote formalizó la ceremonia ; apénas pronunciamos el sí irrevocable, quando se abrió una puerta, y salió por ella un anciano, que al instante conocí era mi tio. Corrió hácia mí, y estrechándome en sus brazos, exclamó : ¡en fin, ya no soy invisible á tus ojos! ¡podemos vernos li-

bremente uno á otro! Ven amado Longchamps, abraza nuevamente á tu padre. —— ¿A mi padre? — Hoy has llegado á ser hijo mio casàndote con mi hija. — ¿Con vuestra hija? ¡ó felicidad! —— Sí, amigo mio: ved aquí descubierta una parte de mis secretos. Mi amada Lucía es la que acabas de recibir por esposa: dime, ¿era posible hacerte un regalo mas precióso, y darte mayor prueba de mi ternura? —— ¿Cómo? — A fuerza de docilidad y paciencia en tus infortunios, que desde este punto finalizan, porque este matrimonio te reconcilia para siempre con

tus enemigos.——¿Pero por qué...— Acabemos lo principal; luego te contaré la historia mas rara; y sabrás porque he observado contigo tan extraordinaria conducta, de la qual, aunque fatigosa, quedo enteramente recompensado.

Mr. de Lerval, rebosando alegría, se puso á mi lado; el sacerdote dixo la misa; y quando ya estuvo todo concluido, abracé á mi tio, á Fermin, al Conserje y á todos. Luego pasamos á una sala, donde entráron recado de Mr. y Madama Dercour, que venian á ver á mi tio. Este me hizo entrar en un gabinete inmediato, di-

ciéndome: esta es la última experiencia de tu docilidad: te presentarás quando yo te avise, y conocerás estas gentes, á quienes trataré como merecen.

Entré pues en el gabinete, desde donde podia oir y ver quanto pasaba. Mr. y Madama Dercour entráron, y al instante reconocí en ellos á mis perseguidores. Perdonad tio, dixo Mr. Dercour, si venimos tan tarde, porque nos han detenido negocios importantes. ¿Se ha celebrado ya la ceremonia? ¿está ya mi prima casada? —— Sí señor; y os confieso que admiro el poco interés que ha-

beis manifestado en asistir á un acto en que consiste su felicidad. — Pero señor, dixo Madama Dercour, ¡habeis hecho tal misterio en ocultar el esposo de Lucía!.... Entre parientes creo que debe haber mas confianza. Ignoramos absolutamente quien es el dichoso.... pero pues le habeis elegido para yerno, sin duda será digno de toda nuestra estimacion. — Sin duda, un hombre á quien he creido digno de ser esposo de mi hija, debe merecer vuestro afecto; ¡bastante infeliz ha sido, y vosotros habeis tenido la culpa! — ¿Nosotros? — Vosotros. Es cierto que yo tambien

le aborrecí desde que nació; pero despues la edad, la experiencia, la razon y sus qualidades morales han desvanecido en mí un odio tan injusto. Sin dexar de ser fiel al juramento que hice á vuestro desdichado padre, he sabido conciliar la fé del juramento, y la indignacion que me inspiraban tantas desgracias, con la justicia, la delicadeza y la sensibilidad. En una palabra, he confundido todo el odio en un lazo que debe sofocar tan funesta pasion, adoptando por hijo á este jóven aborrecido, que ahora debe ser amigo vuestro. —— Ese modo de ha-

blar... ¿qué debemos pensar?.... — Que el Longchamps, á quien tanto habeis detestado, no ha muerto en nuestras colonias, como yo os he dicho; que vuestras sospechas acerca del que habeis perseguido, eran fundadas; que sin cesar he procurado destruirlas, temiendo que os arrojaseis á algun atroz exceso; y en fin: que este primo vuestro, y objeto infeliz de vuestro enojo, es hoy esposo de mi hija. — ¿Qué oigo? — Preséntate, hijo mio: ven á hacer la paz con dos parientes injustos, que te amarian, si te conociesen tan á fondo como yo.

Salí del gabinete, y al instante Mr. y Madama Dercour se turbáron, perdiéron el color, y no se atrevian á mirarme. Ignóro, les dixe, los motivos que me han acarreado vuestra persecucion: pues al parecer desde mi cuna he incurrido en vuestro odio, sin haberle merecido jamas. La providencia, que nunca abandona á los inocentes, me ha proporcionado la proteccion del hombre mas generoso, á quien debo el nó haber caido en los lazos que me habeis preparado, y el no verme ya en adelante expuesto á vuestro furor. Mucho mas le debo aun, pues mucho mas es

el haberme hecho dueño de tan digna esposa. Espero de vuestra justicia que me hagais conocer vuestros agravios para repararlos, ó que desde este punto olvideis qualquiera motivo de resentimiento, como yo olvidaré mis justas quejas. Miradme como pariente y amigo vuestro, ó huid de mí para siempre: si no puedo adquirir vuestro afecto, soy muy capaz de contrastar vuestra enemistad. —— Pero, señor, los papeles... — Esos papeles, que tanto os inquietan, no los ha visto entre los que su padre le ha dexado; y quando los tuviera, ¿no es tan interesado ac-

tualente como vosotros en sepultarlos para siempre? No os digo mas sino que Longchamps es mi hijo; ved si quereis, siendo enemigos suyos, perder mi corazon y apoyo, y exponeros á todas las conseqüencias de mi indignacion. Ya me entendeis: responded.

Pronunció Mr. de Lerval estas últimas palabras con un tono que hizo estremecer á aquellos malvados. Se miráron; y luego acercándose á mí, me abrazáron llamándome su amado primo. Mi suegro y yo no fuimos víctimas de su hipocresía, porque se veian precisados á conducirse así, por lo

que luego sabreis ; pero se portáron bastante bien todo aquel dia, que pasé en regocijos , hablando con mi esposa , en la qual descubrí desde luego un talento nada vulgar. Mis primos durmiéron aquella noche en nuestra casa ; y á la mañana Mr. de Lerval les enseñó un testamento que habia hecho algunos dias ántes , en el qual les dexaba la quarta parte de sus bienes , otra igual á mi esposa , reservándose él la mitad hasta que por su muerte , despues recayese en nosotros. Mis dos perversos primos se retiráron muy satisfechos de esta disposicion ; y debo con-

fesar que aunque los he tratado muy poco, nunca despues he experimentado mal proceder en ellos.

Permanecimos algunos dias en la casa de campo; y volvimos á París, donde Mr. de Lerval nos dió habitacion en su misma casa. Seis meses ha, amigos mios, que soy feliz esposo, y dentro de quatro espero ser padre: ¡juzgad qual será mi alegría! Mi padre y yo tenemos que comprar varias tierras en esta comarca, y he querido venir en su compañía á veros, para cumplir mi promesa y satisfacer mi cariño. Mucho os que-

da por saber de mi historia; pero mañana la referirá mi padre, y sabreis las desgracias de mi familia, y los motivos de la conducta de mi hombre invisible. Delante le teneis; contemplad bien al que tanto me ha favorecido, y que ha sido objeto de vuestra curiosidad. ¡ Ojalá que hubiese podido yo verle y abrazarle mucho ántes!

Calló Mr. Longchamps, y los hijos de Palemon abrazáron á aquel anciano, que les inspiraba sin embargo una especie de respecto que algo participaba de terror. Para disiparle enteramente era preciso

saber sus aventuras ; y esto habia de verificarse á la tarde siguiente. Deseemos con ansia , así como los muchachos , que llegue esta preciosa tarde que nos promete la relacion de sucesos muy extraordinarios.

TARDE LIII.

EL DESEO DE RIQUEZAS.

El mal hermano.

Sentados todos en el terrazo, dió principio Mr. de Lerval á su narracion. Hasta ayer, buen Palemon, no os conocia, ni tampoco á vuestros hijos, sino por los elogios que repetidas veces me ha hecho mi sobrino de vuestras costumbres, probidad y discernimiento; pero ya os he visto y os amo, es decir que en adelante

podeis mirarme como á un amigo fiel y sincéro. No me habeis conocido sino por una relacion, que tal vez no me hacia demasiado honor; y quando Longchamps, en el anterior estío, os contó una parte de sus desgracias, debisteis mirar al hombre invisible, que le seguia por todas partes y le prescribia los preceptos mas extravagantes, como á un loco ó ridículo que reducia á práctica sus disparatadas ideas inspiradas por su poco juicio. Ayer mismo, al oir la continuacion de la historia de mi hijo, ¿qué habreis pensado de mí? ¿A qué fin un matrimonio

tan rápido, sin mas antecedentes que haberse visto una vez, sin hablarse los esposos? en fin, ¿qué enigma es este que parece haber arreglado toda mi conducta en favor de un sobrino, al qual parece que debia aborrecer, y á quien nunca he podido desamparar? Ahora lo sabreis: pues á mí me corresponde revelaros un secreto, del qual ha dependido el mio, y el de una familia desventurada. Atended:

Soy el menor de tres hijos que dexó mi padre, que era uno de los hombres mas ricos y condecorados de Francia. Habiamos quedado sin madre algunos años án-

tes de la muerte de nuestro amado padre, y nos veiamos en un estado de orfandad; y mi hermano mayor, que ya tenia veinte y cinco años, se puso á gobernar la familia, y fué declarado tutor nuestro. Tenia yo diez años, y quince mi hermana Amelia, jóven llena de hermosura y de las habilidades que presta una educacion fina. Era muy amable, pero al mismo tiempo muy tímida, y de un espíritu bastante débil. Amelia y yo nos amabamos tiernamente; mas no sucedia lo mismo con nuestro hermano, el qual nos detestaba; pero nosotros le correspondiamos harto

bien, porque el temor y la sumision mas ciega á su voluntad eran los únicos sentimientos que habia sabido inspirarnos. Tenia treinta años, se habia casado, era padre de un niño de dos años, abusaba del imperio que tenia sobre nosotros, y eramos miserables víctimas de su despotismo. Vivimos con él hasta nuestra mayor edad, época en la qual nos entregó la parte de herencia que nos pertenecia, y nos dió unas cuentas, si no exâctas, bastante cumplidas para nuestra satisfaccion, pues podiámos vivir cómodamente con lo que habiamos percibido. Deslinieres (así

se llamaba mi hermano por una hacienda sobre que habia titulado, y asi le llamaré para mayor claridad) se habia guardado muy bien de casar á Amelia; y solo por razon de interes, pues estaba dominado de una insaciable codicia. Habia perdido á su hijo, pero tenia una niña de diez y ocho meses, esperaba sin duda tener mas hijos; y sin embargo de que podia dexarlos ricos, todavia anhelaba á apoderarse de los bienes de Amelia, á quien queria precisar al celibato. Acaso esperaba tambien heredar mi parte, porque yo andaba siempre enfermo y no podia

pensar en casarme á causa de mi mucha debilidad. Tenia una muger aun mas mala y mas avarienta que él, que quando se casó con mi hermano, era viuda de un militar llamado Mr. Dercour, y tenia un sobrino de diez años, que se criaba á su lado en casa de mi hermano. Se habia propuesto ella casar á este muchacho con la hija de Deslinieres, y deseaba con ansia eunir en su casa todos los bienes de nuestra familia. Para colmo de desgracias, Madama Deslinieres envidiaba la hermo su ra de mi hermana; no podia ver á Amelia; y esta jóven habia tenido

que padecer mucho mas que yo durante su menor edad, por los caprichos y altivez de esta muger imperiosa. Ved aquí el quadro de nuestra familia, al tiempo que empezáron nuestras desdichas: yo jóven de veinte y seis años, sirviendo al Rey, corriendo de guarnicion en guarnicion, sin fixarme en parte alguna; mi hermana de treinta años, que habia sacudido el yugo de su hermano, y vivia sola en una hacienda que tenia en las cercanías de París; mi hermano, de quarenta y seis años, que vivia sedentariamente en esta capital; su hija de dos

años, y Dercour, el sobrino de su muger, de diez.

Amelia de Lerval, como os he dicho, tenia un corazon excelente; pero su juicio no era de los mas firmes, y algunas veces parecia que rayaba en demente. Se asustaba de su misma sombra; temblaba al aspecto de su hermano ó de su cuñada, y qualquiera insinuacion de estos bastaba para que ella reusase el partido mas brillante que se la presentase. Es cierto que habia salido del poder de aquellos, pero no por eso dexaban de observarla, y no podia dar un paso sin que lo supieran y la re-

prendiesen si les desagradaba. La prescribian el número de las visitas que debia recibir ; ellos mismos las elegian, y quando se presentaba algun pretendiente, al momento le despedian. No tenia fuerza, para resistir á los consejos, y mucho ménos á las amenazas de su hermano, el qual se valia aun de estas para sus fines. Así habia llegado esta infeliz á sus treinta años sin conocer ni el amor, ni la maternidad, ni satisfaccion alguna de esta vida. Sin embargo, su corazon era propenso al amor, que tarde ó temprano debia hacersela sensible, y aun hacia algunos años

que la habia herido. Tenia en su misma casa una especie de mayordomo á quien queria mucho, que era un hombre de treinta años, llamado Santbon. Su familia era noble y habia sido rica, pero la fortuna la abandonó, la reduxo á la indigencia, y Santbon era el único resto de su ascendencia. Desde muy jóven habia quedado huerfano; se aplicó despues á la agricultura, en la qual aprovechó mucho, y como ni era hermoso, ni bien formado, Deslinieres, á quien se presentó, no tuvo inconveniente en colocarle en casa de su hermana. Repito que Santbon

no era rico ni gallardo, pero tenia tantas gracias en su conversacion, y tan buenas costumbres, que, sin pensarlo, habia llegado á hacerse dueño del corazon de su señora. No podia ésta hallarse sin él ni un momento; leia, hablaba, tocaba el piano con Santbon; solo él sabia disipar el tédio de su soledad; y desde la estimacion que ella hacia de él, pasó insensiblemente y por grados á la pasion amorosa mas decidida y fuerte: efecto natural de las gracias y buenas qualidades, que en un hombre, son mas seductoras que lo físico y todos los prestigios de la presen-

cia. Por su parte Santbon no pudo ver continuamente á Amelia, sin quedar prendado de su mérito; le fué imposible disfrutar su agradable conversacion, oir sus acentos sonoros, y ver su belleza sin rendirla el corazon; y en fuerza de una simpatía, muy natural entre dos personas honradas, amaba á su señora, pero silenciosamente, como un hombre respetuoso y delicado, que conocia la distancia que entre los dos habian puesto la fortuna y la vanidad de los hombres. No se le ocultaba la debilidad de cabeza que padecia Amelia; era el único defecto que la conocia, y le

deploraba amargamente. Veia tambien con dolor el absoluto imperio que Deslinieres y su muger exercian sobre esta criatura débil y tímida; conocia las ideas de estos; habia sondeado la perversidad de sus almas, y aun le habian hecho el agravio de confiarle sus pensamientos; le habian dado el encargo de separar de la casa á quantos pudieran aspirar á la mano de su señora; y si Santbon cumplia exâctamente con esta condicion, no era por contemplacion á aquellos malvados, sino por sí mismo, pues el amor le hacia zeloso, y hubiera perdido la

vida viendo poseedor á otro del objeto de su ternura. Apreciaba, pues, en cierto modo la perfidia de los Deslinieres; pero no se atrevia á descubrírsela á su querida conociendo la debilidad de su carácter y temiendo perder su plaza, si aquellos llegaban á penetrar su sinceridad. Veiase, pues, precisado á lisongear á los que despreciaba, y á ayudarlos, aunque por otro motivo, en el proyecto que habian formado de reducir su víctima al celibato.

Amabánse Amelia y Santbon, y todavia no se lo habian manifestado; pero bastó un solo dia pa-

ra que conociesen sus recíprocos sentimientos, y eslabonasen la cadena de los muchos que se les preparaba. En una de las frescas y deliciosas mañanas del principio de la primavera se paseaban juntos Amelia y Santbon en el parque, donde este oculto amante mostraba á su señora lo mucho que habia hermoseado este sitio, y lo que se proponia añadir, para darle mejor vista y mas frescura que pudiera disfrutarse en el próxîmo estío. Un puente chinesco, colocado sobre un riachuelo, llamó la atencion de Amelia, porque no le habia visto hasta en-

tónces; y en efecto Santbon le habia dispuesto la noche anterior para sorprenderla. Quiso atravesarle, pero como el puente aun no estaba firme, falseó, cayó en el rio, juntamente con Amelia, la qual fué arrebatada de la corriente, perdió el sentido, y quando volvió en sí se halló reclinada en la mullida yerba de la verde orilla. Pero, ¡qué horroroso espectáculo se ofreció á su vista! vió junto á sí á su libertador desmayado y derramando arroyos de sangre de su mal herida frente. Amelia daba espantosas voces, restrañaba la sangre de su amigo; y miéntras

que los demas criados acudiéron y le transportáron á su quarto, supo la causa de este fatal acaecimiento. Una podadera que Santbon llevaba en la mano para cortar las ramas muertas de los arbolillos, y que no habia dexado al precipitarse al agua, le habia hecho una herida bastante grande junto á la sien derecha.

Amelia estaba loca de sentimiento; olvidó su propia caida y susto, para no pensar mas que en el triste estado de Santbon; llamó los hombres mas instruidos en el arte de la salud, y la dixéron que la herida era peligrosa. Pasaba los

dias llorando y las noches junto al lecho de Santbon, el qual notando sus extremos, ya no dudaba de la pasion que Amelia le profesaba. Temía mucho morir, porque se veia querido; no le faltaba mas que una confesion segura; la buscó, la halló, correspondió con otra, y ambos amantes dirigiéron al cielo los mas ardientes votos para que no los castigase con una eterna separacion. En fin, los médicos y cirujanos anunciáron que el enfermo estaba fuera de peligro aunque tal vez quedaria algo desfigurado; pero por eso, ¿seria ménos amable á los ojos de Amelia? Ella

no hacia cuenta de su rostro ni talle, sino de su alma y de su corazon que amaba. Sin embargo, sentia que á su amigo le quedasen para siempre señales de lo que le habia sucedido por ella; pero por otra parte, estas preciosas señales del tierno afecto de un hombre sensible la recordarian su amor y los momentos, aunque crueles, en que sentada junto á su cama, le habia dicho por la vez primera: yo te amo; y él la habia contextado: yo te pago con la mayor verdad; y estas dulces declaraciones se debian al accidente, cuyas resultas permanecian impresas en la frente de

Santbon, en su corazon y en el de Amelia.

Restablecióse enteramente el enfermo, y aunque se veia correspondido en su amor, temia siempre triste é inquieto; no se atrevia á esperar que consolidaria el matrimonio su felicidad, porque sabia que los Deslinieres, léjos de consentir en ello serian capaces de perderle y asesinarle, solo por haberlo imaginado. Tampoco se atrevia á tratar de este asunto con Amelia, la qual se veia contenida por los mismos temores y reflexìones; pero al fin, ella fué la primera que rompió el velo di-

ciendo un dia á Santbon : sabeis mi amor, y estoy segura del vuestro; pero es preciso concluir : y así sed mi esposo, y legitíme un sagrado nudo las tiernas impresiones del cariño. —— ¡Ay Amelia! ¿por qué en tan dulce momento ha de ser forzoso que la prudencia se oponga á los impetuosos esfuerzos de la pasion? vuestro hermano.... —— Bien sé que mi hermano domina hasta en mis mas pequeñas acciones; pero nunca me ha engañado; siempre he conocido que quiere permanezca soltera, para que por este medio lleguen algun dia mis bienes á poder

de sus hijos. Estos son sus proyectos y los de su soberbia esposa; pero aunque, confieso què hasta ahora no he tenido valor para sacudir el yugo de su odiosa dominacion, ya pienso de otro modo, estoy ya resuelta. ¿No soy árbitra de mis acciones? pues me casaré, aunque les pese. — Miradlo bien, Amelia: ningun peligro puede asustarme si logro la dicha de ser vuestro esposo; pero una vez que lo sea, recaerá sobre mí todo el enojo de vuestros hermanos; me acusarán de seductor, y de todas las baxezas de que ellos son capaces; y si

yo soy su primera víctima, no os permitirá vuestro amor sobrevivir á mi prision, y á todas las desgracias en que ellos me envolverán. Reflexionadlo bien, no sea que os pese luego de haber procedido con menos reflexion. — ¡Quánto os admiro! ¡quán agradable es ver á un amante negarse á su propia dicha, por no exponer la de su objeto amado! ¡ese rasgo de finura por sí sólo bastaba para que yo os amase! Pero aunque vuestras reflexiones me parecen justas y convincentes; no por eso me aparto de la idea de haceros dueño de mi mano y de

mis bienes. Quanto puedo hacer para evitar el primer golpe, y los primeros ímpetus de los que me dominan, es casarme con vos secretamente. Verémos despues si tienen valor para perseguirnos. Pues qué, ¿no nos protegerán las leyes? ¿no están en favor nuestro? A mas de eso, si mi hermano y su muger quisieran tratarmé como hasta aquí, tomaria un puñal y... ¡desgraciado del que quisiera oponérseme! le haria pedazos el corazon.

Pronunció Amelia estas últimas palabras como si estuviese frenénica; sus ojos estaban encarnizados;

y lo que persuadió á Santbon que esta infeliz se hallaba en un acceso de demencia, fué el verla inmediatamente echarse á reir abiertamente, diciendo: ¡por cierto que es gracioso el medio que he hallado! ¡un puñal! esto es cosa de una heroina de novela; aun no sé cómo se toma, pues solo el aspecto de una arma blanca me hace desmayar; pero no llegarémos á tanta necesidad. Mis tiranos, no teniendo derecho alguno sobre mi esposo ni sobre mí, se retirarán y dexarán que pacíficamente nos entreguemos á las dulzuras del himeneo y del amor:

¿qué tal, Santbon? ?te parece bien este arreglo? ¿lo apruebas? ¿Aun meditas? ¿todavía estás silencioso y reflexîvo? ¿no me amas lo suficiente para oponerte á todos los peligros? ¿serias mas frio y ménos amante que yo? ¡ah! ¡quánta pena me causa este recelo! Dicho esto derramó algunas lágrimas; y Santbon procuró enxugárselas consintiendo en todo quanto quisiese. En conseqüencia tratáron que despues del tiempo necesario para recoger los papeles de sus respectivas familias, se celebraria secretamente su matrimonio en el oratorio de la ca-

sa. Temblaba sin embargo Santbon de contraer estos vínculos; necesitaba toda la fuerza del amor, y toda la ceguedad de una pasion violenta para no recelar las conseqüencias de esta determinacion. Mucho temia, pero todavia era mas lo que le esperaba.

Quando todo estuvo en forma, se extendiéron las capitulaciones, en las quales Amelia, en el caso de no tener sucesion, hacia entera donacion de sus bienes á su esposo. Llegó el dia del matrimonio, dia fatal, obscuro, tempestuoso y terrible, en que la naturaleza parecia haber converti-

do en rayos destructores las plácidas teas de himeneo. Como Deslinieres y su muger iban á ver á su hermana muchas veces, y quando ménos se lo imaginaba ésta, hizo Amelia cerrar aquel dia la puerta, pretextando que se hallaba indispuesta; todos los criados fuéron sus confidentes, y pagó su reserva á peso de oro. Ya vereis que todos estos miserables ganáron legítimamente su dinero. Fué pues Santbon esposo de Amelia, recibiendo la bendicion nupcial en el oratorio de la casa. Conviniéron luego en que, hasta nueva orden, continuaria aquel en el

mismo tono de mayordomo, sin tomarse mas derechos que los que tenia ántes de su matrimonio. Prometia continuamente Amelia que tendria siempre valor para resistir á su hermano, y decirle ella misma su mutacion de estado; pero su marido no confiaba mucho de su firmeza, pues sabia que á la menor palabra dura de Deslinieres temblaba y enmudecia. Todo lo conocia bien, y á su pesar se veia implicado en un asunto que á un mismo tiempo era su delicia, y le llenaba de espanto. Por lo demas, tenia mucho juicio; conocia la fuerza de las leyes, y por este medio se lison-

geaba de refrenar la codicia de Deslinieres, y reducirle á la razon.

Todo fué felicidad por espacio de algunos meses. Amelia participó á su esposo que llevaba en su seno una viva prenda de su amor, y esta noticia le causó una inexplicable alegría. Los Deslinieres venian muy amenudo á la casa, y se volvian muy satisfechos de la docilidad de su hermana, y de la oficiosidad afectuosa de Santbon, que lisongeaba su vanidad, y se mostraba siempre muy partidario suyo. En esta sazon llegué yo de mi guarnicion, donde habia estado mas de diez y ocho meses. Siempre

temblando, y sumiso, sin saber por qué, á Deslinieres, fuí á visitarle; pero él y su muger me recibiéron con el tono mas orgulloso y dominante. Quanto ántes pude, en alas del fraternal cariño, fuí á casa de mi hermana Amelia, que quedó gustosísima de verme. Nos queriamos lo mismo que en nuestros primeros años, y nada reservabamos uno de otro. Llamándome pues á su gabinete, sin consultar con su esposo, y encargándome el mayor secreto, me participó su casamiento secreto, que me sorprendió, me afligió y me llenó de recelos en órden á ella.

Tambien yo conocia lo mismo que mi hermana el carácter altivo de Deslinieres; pero le temia tanto como ella, pues tenia veinte años mas que yo, era un hombre formado, un padre de familia, y aun su estilo enérgico y fuerte me llegaba hasta el alma, y contribuia á mi temor y sumision. Hice presente á mi hermana la necedad que habia cometido, y me respondió, que si cupiese de nuevo volveria á hacer lo mismo. Sentí tanto este suceso, que traté con mucha frialdad á Santbon quando ella me le presentó; y éste por su parte, desconsolado de que su espo-

sa con tanta ligereza me hubiese confiado tan importante secreto, sabiendo mi sumision á Deslinieres, me hizo un recibimiento igual al mio; y nos separamos sin abrazarnos, ni habernos dado el dulce título de hermanos. Es muy de presumir que Santbon, luego que yo me fuí, representase á su muger su imprudencia; pero ella le aseguró que nada habia que recelar de mí, y en efecto era así, con lo que se tranquilizó su marido.

Es bien seguro que yo era incapaz de revelar el secreto de mi hermana; pero debia descubrirse por otro medio. Una de las cria-

das, á quien repetidas veces habia reprehendido Santbon algunos graves defectos, concibió contra él tanto odio, que se propuso de vengarse de lo que llamaba ella injusticia. Salióse de la casa, se acomodó en otra, y al instante trató de arruinar á los dos esposos. En consequencia, fué á ver á los Deslinieres, les descubrió el matrimonio y preñez de Amelia, respondiendo con su vida de la verdad de quanto decia. ¡Juzgad qual seria la sorpresa de estos malvados! No podian creer lo que aseguraba la criada, y resolviéron convencerse por sí mismos de

tan funesta realidad. Por tanto al dia siguiente fuéron á visitar á su hermana al tiempo mismo que íbamos á sentarnos para comer, pero yo me retiré porque no me vieran. Entráron, y Sambon se levantó, les acercó dos sillas, é iba á retirarse quando le dixo Madama Deslinieres: no os vais, caballero, que no estareis aquí demás para la conversacion que vamos á tener con esta señora. —— ¿Cómo, señora? dixo Amelia, empezando ya á turbarse: ¿qué significa ese tratamiento? —— Bien sabeis, la respondió Deslinieres mirándola furioso, que este es el tratamiento

que os corresponde hace quatro meses. — No os entiendo. — Pues, ¿no os habeis casado con un hombre muy digno de ser marido vuestro por su clase y conveniencias? — ¿Quién os ha dicho?... — Quien lo sabe; y ahora venimos á conocer á tan digno hermano, al que sin duda tendreis la bondad de presentarnos. — ¿Para matarle tal vez? — ¡Ola! ¿con que es cierto? — ¿Y por qué he de negar un acto tan legítimo? ¿no soy árbitra de mis acciones? — No, quando estas pueden deshonrar á vuestra familia. — ¿Pero no os han dicho que es un hombre muy dig-

no ?... — De nuestra aversion. Muy bien sabemos que uno de vuestros criados llamado Santbon, es el digno esposo que habeis elegido.

Amelia , confundida , calló y temblaba de las furiosas miradas que la dirigia su hermano. Entónces Santbon se adelantó, y le dixo: una vez que estais tan instruido , y sabeis que vuestra hermana se ha casado con un dependiente suyo, tampoco debeis ignorar que éste es el amo de esta casa , y tiene en ella todos sus respectivos derechos, y aun el de prohibiros la entrada , é intimaros que modereis vuestras expresiones , ú os retireis

al instante. —— No hablo con vos, señor mio; no os conozco y no me tomaré el trabajo de disputaros un título que no teneis. ¿Que no tengo?... — Solo á Amelia de Lerval es á quien debo manifestar mi resentimiento. En efecto, es muy vergonzoso, señorita que los parientes tengan hoy que reprehender vuestra conducta; porque si hasta ahora me he explicado en un tono irónico ya debo tomar otro que sea serio; y así os mando, en virtud de la autoridad que tengo como cabeza principal de la familia, que al instante despidais á ese hombre vi-

cioso y corruptor. —— ¿Separarme de mi esposo? — No estais casada. —— ¿No estamos casados?—— No por cierto, esta es una voz falsa que habeis esparcido, para encubrir vuestro trato escandaloso: repito, que no estais casados, y en ello no hay duda. — ¿Y una escritura pública que tengo?... —— Es falsa y simulada. —— ¿El sacerdote que nos unió?... —— Era un falsario. —— ¿Los testigos?... — Gentes sobornadas. Sí, yo os haré ver que ese matrimonio es absolutamente nulo, y que no ha habido en esto mas que apariencia de Sacramento; sabemos muy bien

que Amelia no incurriria en la baxeza de casarse con un lacayo suyo.

Amelia estaba como un mármol; y Santbon, ciego de cólera, acercándose al infame Deslinieres, le dixo: vos sois el mas iniqüo de todos los impostores; el subterfugio de que os quereis valer no os aprovechará en justicia; nuestros títulos y pruebas legítimas de matrimonio estan en buena forma; y así salid al punto de esta casa, sin esperar á que, olvidando las relaciones que teneis con mi esposa; y que respeto mas que vos, llame á mis criados, y os trate como mereceis.

Vámonos, vámonos, dixo rebentando de enojo la Deslinieres; salgamos de aquí, querido esposo, y dexemos que esa muger continúe en el exceso de su disolucion: que pronto verá lo que una familia respetable puede sobre dos personas tan viles y corrompidas como las que tenemos á la vista.

Dicho esto asió de su marido, el qual reiteró á Amelia la órden de despedir á Santbon, asegurándola de nuevo que su matrimonio era falso y simulado, y luego siguió á su muger. Quedáron los esposos sumergidos en la mayor consternacion. Amelia lloraba amar-

gamente creyéndose ya presa y separada para siempre de su amado Santbon. Este, desesperado de ver la debilidad de su esposa, la procuró inspirar valor y confianza, pero no logró tranquilizarla; antes bien perdió el juicio, y cayó en una especie de demencia, que la hizo decir y hacer mil extravagancias, que aumentáron el dolor de su tierno esposo, el qual no sabia que hacer para reducirla á su estado natural. Es de suponer que yo oí desde un quarto inmediato la conferencia, y quedé en compañía de Santbon, porque mis hermanos se retiráron precipitadamen-

te, y no supiéron que yo estaba allí. Procuré consolar, aunque en vano, á mi Amelia, que continuaba en su delirio, por lo qual su marido me dixo: pues sois el único que compadece la suerte de esta desdichada, á vuestro cuidado la encomiendo; yo voy.... ved si podeis sosegarla.... es fuerza que yo.... pronto volveré.

Dixo y salió apresurado de la estancia. Yo no sabia como manejarme; y aunque era tan interesado como qualquiera en el asunto, atendí sólo al amor fraternal, y léjos de gravar el dolor de Amelia con mis quejas, hice todo

quanto pude para consolarla, prometiendo favorecerla cou todo mi poder, y que hablaria en favor suyo á mi hermano. Esto la tranquilizó bastante, y volvió su marido, el qual habia ido á consultar su asunto con un gran jurista, que le habia asegurado no tenia el menor motivo para inquietarse. Con esto se consoló enteramente mi pobre hermana, que permaneció sosegada el resto del dia. Yo me quedé con estos infelices, y les prometí no auxîliar las ideas de mi hermano, si no contrastarlas en quanto pudiera. Al dia siguiente volví á París, y se-

guidamente á casa de Deslinieres; le hallé solo, porque su muger habia salido, lo que celebré mucho. ¿Sabeis, me dixo, el oprobio que nos ha hecho á todos Amelia? —— Lo sé todo. — ¡Lo sabes todo!.. — ¿y cómo? —— Como ayer ví á mi hermana y su marido. —— ¿Con que vas á visitarlos? ¿con que apruebas su proceder? ¿no sabes que de mi influxo dependen todos tus adelantamientos? ¿y te atreves..... pero desde ahora no cuentes conmigo para nada; te abandono, y seré tu mayor enemigo si llego á saber que ni solo una vez vuelves á poner los pies en esa casa

de vicio y corrupcion. Además de eso necesito que firmes los papeles necesarios para hacer encerrar á esa loca y al pícaro que la ha seducido. —— ¿Encerrarlos? —— Sí; no me repliques, y sigue en todo los consejos de un hermano que te ama, y tiene mas cuidado que tú mismo de la pureza de tu familia.

Yo estaba confuso, pero no tanto que no determinase oponerme á tan infame proposicion; y así le dixe: tambien como tu sé yo que mi hermana habria podido hacer un casamiento mas ventajoso á los ojos del mundo; yo se lo

he dicho, y ella sabe en esta parte tu modo de pensar y el mio; pero ya está casada, y su marido es un hombre honrado. No cuentes conmigo para atormentar á estos infelices; te aseguro que nada firmaré, ni me meteré en cosa alguna relativa á este asunto; y si te obstinares en precisarme á ello, no trataré mas que de proteger á los dos esposos, porque los amo. — ¡Ola! ¡ola! ¡me sorprehende ese tono! ¡no te habia sido familiar hasta ahora! pero no importa; tú eres muchacho, y á tu pesar sabré yo manejarme, y te avergonzarás como yo, quando sepas que yo no creo

que estan casados. —¿Cómo? — No señor; todo es puro fingimiento; capitulaciones, sacerdote, testigos, son pura apariencia. — Si eso fuese cierto..... — Voy á convencerte, porque veo que mi esposa llega, y ha ido á informarse.

Entró Madama Deslinieres, y creyendo que yo era de su partido, sin reserva alguna se dexó caer, medio sofocada, sobre un campé, diciendo: ¡el acto es válido! acabo de ver al notario; los testigos son gente de providad..... no hay mas que un medio, y es hacerla encerrar como loca. — ¡Qué horror! exclamé yo. — ¡Qué es

esto? ¿tu hermano no es de los nuestros? ¿no querrá ayudar á nuestra justa venganza? —— ¿Yo habia de ser tan iniqüo? —— ¡Ciertamente, esposo mio, que tienes unos parientes delicadísimos en materia de honor! —— Señora, atormentad á vuestro placer á mi hermana; contentaos con dominar sobre esta débil víctima de vuestro orgullo y codicia; pero no me perdais el respeto, que yo no soy tan sufrido como ella. —— ¿Qué es esto? ¿hay quien tenga atrevimiento para amenazar á mi esposa en mi presencia? no te aflijas, querida, y desprecia la exâgeracion de

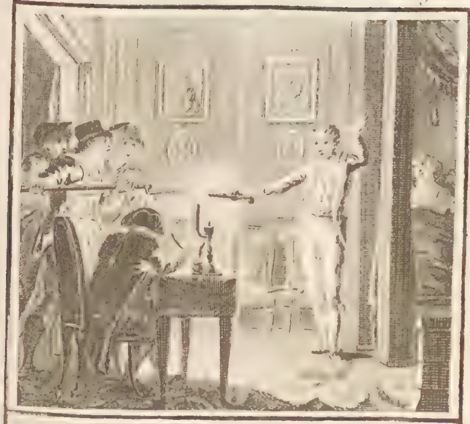
un jóven sin juicio, que no sabe lo que dice. En quanto á vos, señor mio, yo sabré enseñaros vuestra obligacion, y espero que la cumplireis; ya estais enterado de mi órden para no ver mas á Amelia; creo que no la quebrantareis. A Dios.

A estas palabras, Deslinieres me volvió la espalda, y pasó con su muger á otra estancia. Yo me retiré lleno de cólera é indignacion, y bien resuelto á proteger á los dos inocentes oprimidos, despreciando tan vanas amenazas. Tenia que tratar negocios muy considerables relativos á mi regimien-

to; y esto fué causa de que en tres dias no fuese á ver á mi hermana; y en este tiempo se verificáron unos sucesos que yo estaba muy léjos de preveer. Los Deslinieres empleáron dos dias consultándo á varios abogados que no quisiéron encargarse de su mala causa. Imploráron la proteccion de sus amigos, y aun de los magistrados, para obtener órdenes de prision, que no les quisiéron conceder. Quando viéron que las leyes se oponian á su venganza, se decidiéron á tomarla por sí mismos, baxo el siguiente plan. Deslinieres falsificó una órden de uno de los prime-

ros magistrados, imitando perfectamente su firma. Luego se disfrazó de Comisario; un vestido negro, una gran peluca y algunas cicatrices maravillosamente pintadas en su rostro le desfiguráron enteramente: sobornó á seis picaros, y vistió á dos de alguaciles, á los otros de soldados, y capitaneando esta infernal quadrilla se trasladó al lugar y casa de Amelia, donde llegó á las dos de la mañana. Hizo que le abrieran las puertas, tomando la voz del Rey; llegó así hasta el quarto en que los esposos dormian apaciblemente; se arrimó á una mesa, en que puso

una luz, y él, con la cara encubierta en quanto era posible, hizo como que estaba escribiendo. Despertáron los infelices al ruido, y se asustáron: Santbon saltó de la cama, tomó un par de pistolas, y queria atropellar á los fingidos alguaciles; pero uno de ellos, con tono grave, le advirtió que era vana qualquiera resistencia pues traia gentes que sabrian castigarle; luego, mostrando la órden falsa, mandó á Amelia que le siguiera. —— Nunca, exclamó Santbon; es una maldad haber obtenido esa órden con falsas suposiciones de demencia.



Enriquécete: en buen hora,
Pero sea con justicia,
Que el que por pura codicia
Tan solamente atesora,
Es fiera devoradora,
Solo atenta á destruir,
A exáminar; á inquirir
Víctimas que ha de matar;
Sin ojos para llorar,
Sin alma para sentir.

J. Garrido lo g.ᵈᵒ

Amelia desconsolada hacia mil extravagancias, que desesperaban á su esposo, y daban armas contra ella. Santbon se valió de sus pistolas, que por casualidad no diéron lumbre; los soldados se apoderáron de él, y le sujetáron en tanto que el fingido Comisario se llevó á Amelia, y la puso en un coche prevenido para este efecto. Los otros no diéron libertad á Santbon hasta asegurarse de que el coche estaba ya muy léjos; y entónces le dixéron que por compasion no querian prenderle, como podian hacerlo por su resistencia á la justicia; y se retiráron. Considérese ¡la

desesperacion de este infeliz, á quien de su mismo lecho le arrebatáron su dulce compañera! Se vistió, montó á caballo y voló á París, inquirió, se informó, pero nada pudo averiguar, y agoviado de dolor y la fatiga, entró en mi quarto, y se dexó caer sobre una silla, exclamando: ¡hermano!... ¡querido hermano!... ¡estoy perdido!... ¡me la han arrebatado! Asustado de verle en esta situacion, le rogué que se explicase; lo hizo, y persuadidos ambos á que todo era cierto y emanado de autoridad competente conocimos al instante los efectos del resentimiento de los Deslinieres.

¿Qué habiamos de hacer? Era preciso acudir á un abogado, y empezar un proceso para justificar que Amelia no estaba loca: ¿y cómo podiamos probarlo? La infeliz tenia bastante débil la cabeza, y el infortunio sin duda habria acabado de descomponérsela, y por tanto las pruebas resultarian contra nuestros deseos. Pero lo peor era que no sabiamos donde se hallaba; pues á saberlo, podia tal vez verla, instruirla, ó á lo ménos consolarla. Tomé á mi cargo el descubrir adónde la habian llevado, para lo qual dexé á Santbon en mi casa, y fuí á la de mi hermano, á

quien no pude ver porque me dixéron que se hallaba indispuesto; y habia mandado que nadie entrase. Tambien su muger se me hizo invisible; y aunque conocia que todo era artificio no podia remediarlo. Volví pues á mi casa, y participé al infeliz Santbon mi inútil empresa, lo que casi le privó enteramente de juicio; y en fin, se puso en tal estado, que me hizo derramar tiernas lágrimas. Amigo mio, le dixe: vuelvete á tu casa; este es el partido mas prudente; si tu esposa puede escribirte, en qualquiera parte que se halle, lo hará sin duda hoy mismo. El lugar de tu

residencia solo dista una legua de París ; un expreso franquea brevemente tan corta distancia : y así vuelvete pronto, que acaso sabrás bien presto lo que tanto deseas.

Parecióle bien mi consejo , y me suplicó le ayudase en todo lo respectivo á este asunto. Yo amaba demasiado á mi hermana para no tomar con calor sus intereses; prometíle que por mi parte trabajaria sin cesar en su alivio , y con este consuelo se despidió de mí para su casa, que le pareció un árido y miserable desierto. No le estuvo mal el haber seguido mi consejo , pues al declinar el dia....

Aquí interrumpió Palemon á Mr. de Lerval, y quedó suspendida hasta el dia siguiente la continuacion de la historia.

TARDE LIV.

LA GENEROSIDAD.

Fin de la historia del hombre invisible.

Quando la siguiente tarde estuviéron todos juntos en el terrazo, Mr. de Lerval continuó así: Santbon habia vuelto á su casa, donde en vano porrumpia en desesperadas voces llamando á su esposa. Al declinar el dia se le presentó un hombre, y le entregó un villete, que abrió apresu-

radamente ; conoció la letra de su esposa , que le decia lo siguiente.

¡Sin duda , amado esposo, derramas tantas lágrimas como yo! sabe que los bárbaros que me arrebatáron de tu lado , me han traido á París, sin hablarme una palabra en todo el camino ; luego me han depositado en el convento de Santa Aurea, calle de las Postas, cerca de la Estrapada: especie de prision destinada para mugeres, ó de vida sospechosa , ó insensatas, que deben permanecer aquí el resto de sus dias. Todavia nada sé de este convento. No he tenido tiempo sino para pensar en tí, y escribirte esto poco , que confio á un

hombre que la casualidad me ha presentado, y á quien recompensarás generosamente. ¡Ay! aquí no puedes verme ni hablarme, pues tú solo eres exceptuado de lo que á todo los demas se permite. Trabaja por mi libertad, y cuenta siempre con mi firme amor.

Mucho turbáron á Santbon estas razones; pero á lo ménos sabia donde se hallaba su esposa, y sin presentarse á su imaginacion los medios para librarla, concibió el designio de executarlo. Miró con cuidado al expreso; parecióle hombre de bien; y regalándole una cantidad, que el

no esperaba, le preguntó su nombre. Yo, respondió el hombre, me llamo Enrique, y hace mucho tiempo que vivo en el quartel de la Estrapada; soy mandadero del convento de Santa Aurea; y os aseguro que se me ofrecen empeños bien delicados. No hay en todo el convento muger alguna que no esté satisfecha de mi actividad y secreto; bien conocereis quantas cosas pueden ofrecerse á estas infelices presas; y yo en todas las sirvo á su plena satisfaccion; no hay dificultad que se resista á mi discurso; y así fiaos de mí, que si no es dar órden para sacar á

vuestra esposa, puedo hacer todo lo demas.

Agradeció Santbon á este hombre su ofrecimiento, y fué á escribir á su esposa; volvió en breve y entregó al comisionado la carta en que decia á su muger que al punto iba á recurrir á la justicia contra sus perseguidores, y se lisongeaba de salir bien de su empeño con el apoyo de su hermano menor; la aconsejaba que se tranquilizase, y sobre todo, que procurase adquirir todo el imperio posible sobre su juicio, para evitar que pudiesen argüirla de demente, como que este era el único

recurso de que podian valerse sus enemigos para anular su matrimonio ; y finalmente , la hacia las ordinarias protestas de amor y finezas.

Fuése el comisionado , dexando á Santbon sus señas para hallarle en caso de necesidad ; y el infeliz esposo al instante vino á darme noticias de Amelia. Conociendo la perversidad de Deslinieres le aconsejé que mudase de domicilio y no volviese á su casa sino muy raras veces , y que se viese con el comisionado en parages seguros y retirados , á fin de que no diese que sospechar , y materia

para que aquel malvado obtuviese contra él alguna órden de arresto. Prometió seguir exâctamente mis consejos, y entretanto que entablaba una querella contra Deslinieres, fuí yo á ver á éste, á quien con las expresiones mas amargas reprendí su procedimiento contra una desventurada hermana. Me respondió con altivez; y nuevamente me amenazó con su abandono si sostenia los intereses de aquellos infelices. Tambien mi cuñada se exâltó contra mí, y disminuyendo mi firmeza mi maldita debilidad, me retiré llorando. Al momento fuí al convento á ver

á mi hermana; y despues de haber manifestado, y aun probado del modo posible quien era yo, obtuve el permiso de hablarla. ¡Quáles fuéron nuestros recíprocos sollozos y gemidos! Parecióme que Amelia tocaba efectivamente en loca; dixo mil necedades, y habló de poner fuego al convento, y darse de puñaladas. Hice quanto pude para consolar á esta triste, y me retiré con el corazon penetrado de dolor.

Pasáronse tres meses en llantos y diligencias inútiles. Mi pobre hermana permanecia siempre presa, y Santbon que ocultaba su asilo

hasta en sus menores acciones, recibia y participaba noticias suyas á su esposa. Su proceso llamaba la pública atencion, pues se ignoraba con qué órden habia sido encerrada Amelia, y las gentes del foro hacian su negocio; y quando Santbon llegó á preguntar por qué un Comisario, asistido de soldados, habia ido á quitarle su esposa, su abogado contrario respondió furioso, que aquello era falso; que la loca habia seguido voluntariamente á Deslinieres, el qual la habia representado que un convento era el asilo mas decente para ella miéntras durase el pleyto que se habia

de entablar. Fuéron á preguntar á la superiora del convento, que autoridad le habia entregado la presa, y respondió que tal dia, á tal hora, muy de mañana, dos hombres se la habian presentado; que uno de ellos, llamado Deslinieres, la encargó que cuidase de su hermana, que estaba demente, hasta la decision de un pleyto de nulidad de matrimonio que estaba entablando, y cuyas primeras piezas le habia manifestado; que este era el motivo de haber recibido á Amelia, la qual tenia todos los sintomas de una demencia próxîma y peligrosa; y en fin, que se ale-

graria mucho de que quanto ántes la sacasen de su convento.

Para explicaros este enigma, debo deciros que la noche de la prision de Amelia, Deslinieres, disfrazado, habia hecho parar el coche en la calle de las Postas, á corta distancia del convento, donde se habia despojado del disfraz para vestir su correspondiente trage, y se habia adelantado á ver á la superiora, y disponerla á recibir á Amelia, sin participarla nada relativo á su rapto.

Santbon, aturdido de las respuestas del abogado y de la monja, presentó á todos sus domésticos, que

atestiguáran uniformes, que un Comisario y varios soldados, suponiendo una órden del Rey, se habian llevado á su señora. Deslinicres replicó que esto era imposible, y que aquellas gentes sin duda estaban sobornadas; é hizo tanto que al fin fué creido, y se nombráron comisionados para averiguar si Amelia estaba en su sano juicio. Sucedió lo que Santbon temia, y era que ésta dixese ó hiciese mil extravagancias, de modo que fué declarada por loca. De esto se infirió la seduccion de parte de su mayordomo, que la habia conducido á darle su mano, por apode-

rarse de sus muchos bienes. Todo fué contra el pobre Santbon; y en fin, su matrimonio fué declarado nulo, como contraido entre un intrigante y una demente. Bien se conoce que los Deslinieres habian prodigado el oro, para llegar á obtener tal sentencia en semejante letigio. En conseqüencia de esta iniqüa decision, Amelia quedó despojada de la administracion de sus bienes, en la que entró Deslinieres, con la obligacion de entregar cierta cantidad al fruto infeliz que mi hermana llevaba en su seno, quando llegase á establecerse, educándole tambien

á su costa, &c. &c. Santbon fué condenado á prision perpetua, por haber abusado de la confianza de una señora rica y distinguida, pero insensata. Este fué el fin del fatal proceso de nuestros amantes, que habria arruinado para siempre á Santbon, á no haberle yo ayudado á substraerse de la amenazada prision, y aun á reunirse con su afligida esposa. Oir del modo que me manejé. La misma mañana en que se terminó el proceso, en medio de una gran concurrencia de curiosos, como yo recelaba su mal exîto habia encargado á Santbon que me esperase en mi quarto, y tu-

viese prevenida una silla de posta. Apénas se publicó la sentencia, los Desliniercs, locos de contento, entráron en su casa á gozar de su triunfo con su abogado y los pícaros que los habian ayudado en sus ideas. Sabia yo que mi hermano se habia propuesto ir aquella misma tarde á sacar á su víctima del convento, para preservarla de qualesquiera tentativa que por la noche pudiera hacer Santbon. No perdí tiempo; logré que al instante me dieran una copia auténtica de la sentencia; y con ella, sin saberlo mi hermano, fuí al convento, y me entregáron sin dificultad

á la infeliz Amelia, reclamándola en nombre de la autoridad legítima. Estaba la triste muy abatida de sentimiento; y me suplicó que no la entregase á su tirano. No, amada hermana, la dixe; no pienses en eso: pronto conocerás si soy digno de toda tu ternura.

Al momento la llevé á mi casa, donde me esperaba el infeliz Santbon, desesperado de la pérdida de su pleyto, de cuya decision estaba ya instruido. Estos dos amantes, felices en volver á verse, se abrazáron estrechamente, derramando un diluvio de lágrimas. No perdais tiempo, les dixe, partid; aqui

teneis dinero y alhajas, que os servirán quando aquel se acabe; id á vivir juntos en algun rincon del mundo; pero de donde quiera que estuviereis, avisadme; y creed, que la ley que os desune civilmente no puede separaros de mi corazon, y que siempre vuestro hermano...

Me abrazáron, me inundáron con su llanto, y me llamáron su númen tutelar. Tomáron luego la silla de posta, y desapareciéron. Ellos estaban asegurados, y yo no, contra la cólera de Desliniéres; ¿qué habia de hacer para evitarla? Yo era incapaz de mentir, y era

preciso resolverme á confesarle lo que habia hecho por aquellos pobres perseguidos. Cobré ánimo, porque la injusticia y atrocidad del carácter de los Deslinieres me los habia hecho odiosos. Ya no era yo aquel jóven que temblaba de hablar delante de ellos; habia desarrollado mi verdadero carácter; el qual, gracias al cielo, era constante, emprendedor y muy propio para el manejo de los asuntos mas delicados. Recobré pues mi firmeza, y presentándome á Deslinieres en medio de la fiesta que celebraba con sus sequaces, turbé enteramente sus placeres, dicién-

dole que acababa de entregár á Amelia á su verdadero esposo; él lo es añadí; y á pesar de quantos me oyen, bien pronto las leyes confirmarán este concepto, supuesto que yo salgo en su defensa; apelaré de la sentencia, manifestaré su injusticia, y si fuere necesario, acudiré al Soberano. Sí señores, no temo acusar á quantos estan presentes de haber contribuido á engañar la religion de los jueces, y lo probaré. Preséntese el mas intrépido y mas asegurado de su inocencia, y verá cómo no dudo en convencerle de infamia.

Estas expresiones, pronuncia-

das con vehemencia, asombráron á los circunstantes: Deslinieres y su muger me miraban indignados, pero confundidos; ya no oian á aquel jóven tímido y sumiso que era, por decirlo así, su esclavo, sino á un hombre de carácter firme que les hacia temblar. Deslinieres quiso triunfar con su acostumbrado estilo, pero yo le enmudecí diciéndole: ¡tiembla de que yo manifieste el verdadero autor del rapto de mi hermana! Yo no sabia que este perverso era el que se habia disfrazado de Comisario, pero lo presumia, sin tener motivo particular. Mi cuñada tuvo el atre-

vimiento de pedirme la explicacion de estas palabras, y la lancé una mirada despreciativa, que, por la vez primera, la hizo avergonzarse. El pérfido abogado, que los habia defendido, dió á entender que yo era culpable ante las leyes por haber favorecido la evasion de dos personas que la justicia reclamaba; pero yo no le contexté directamente, y me retiré, diciendo á todos: Desprecio todo quanto pueda decir tan despreciable chusma, y el primero á mi injusto hermano, que jamás vòlverá á verme en su casa. Al baxar por la escalera oí exclamar á Deslinieres



así : ¡vete, miserable, vete, y pierde á tu hermano por salvar á un intrigante y á una demente, y deshonra tú tambien tu familia.

Yo estaba furioso, y al mismo tiempo envanecido, por haber mostrado á los Deslinieres un carácter que hasta entónces les era desconocido. Volví á mi casa, donde ménos agitado, reflexîoné sobre la imprudencia que habia cometido, y en las conseqüencias que pudieran originarse; y al instante me ocurrió que si me declaraba abiertamente contra mi hermano, aunque tuviese razon, incurria en la desestimacion pública; y así

resolví dexar que el asunto siguiera como se hallaba, y me contenté con haberle infundido miedo, determinándome á perseguirlos en caso de que solicitáran algo contra los desventurados esposos. A mas de esto, dixe para mí, que Deslinieres se apodere de los bienes de Amelia, y los gobierne por ahora, me importa poco; yo dispondré las cosas de modo que algun dia recaigan en el fruto infeliz del matrimonio de mi hermana á su debido tiempo.

Por espacio de ocho dias en que estuve haciendo estas y otras mil reflexîones, sucediéron cosas muy

particulares á Santbont y su esposa. Estaban en Ruan, y se proponian ir mas adelante, quando un dia al revolver una .calle, un hombre se paró mirándolos, se inmutó, y aceleró el paso como huyendo. Santbon, que era excelente fisonomista, conoció al punto que aquel era el cabo de los fingidos soldados, que le habian sujetado la noche del rapto de Amelia. Corrió tras él, le alcanzó, y asiéndole de un brazo, le dixo: ¡malvado! ¡al fin te encuentro! serás castigado como mereces. — ¡Ah, señor, por Dios, no me perdais! — No, no te es-

caparás sin que me digas... — Yo os lo diré todo, si me dexais libre. — Habla, y dí, ¿quién era el Comisario que... — Señor, el Comisario era Mr. Deslinieres, hermano de esa señora. — ¡Su propio hermano! — El mismo; pero dexadme por Dios. — No, yo necesito mucho de tí. Por dicha habia cerca una guardia, cuyo auxîlio imploró Santbon, y maniatando á aquel pícaro, le conduxéron á presencia del Gobernador, donde viendo que no habia remedio, declaró todos los cómplices en el rapto de Amelia. Con el apoyo de tan precioso documento dió Santbon

sus poderes á un hombre de providad; inteligente y activo, el qual fué al instante á París, y se dió tan buena maña, que en ménos de quince dias manifestó la verdad del asunto, y Deslinieres fué condenado á prision perpetua, restitucion de bienes, y el matrimonio se declaró legal, anulando la primera sentencia. Deslinieres me creyó autor de toda esta novedad; y quando ya vió el negocio desesperado, abrazó á su muger, su hijo y su sobrino, despidiéndose de ellos para siempre. Antes que pudiesen prenderle, fué á mi casa, donde le dixéron que

yo habia partido para Ruan. En efecto, yo habia tomado el camino de esta ciudad, con solo el objeto de afear á Santbon su excesivo rigor contra mi hermano, que no podia ya evitar su desgracia, quando sin llegar á estos términos podria haberse zanjado el asunto. Resolvió pues Deslinieres trasladarse á Ruan, suponiendo que allí tambien encontraria á Santbon y su esposa.

Pasó dos dias oculto en París, para prevenirse de algunas cosas, y durante este tiempo llegué yo á Ruan, donde hallé á mi cuñado junto al lecho de su muger, que

estaba con dolores de parto. En tan crítica situacion contuve mis quejas, y ni aun quise presentarme á mi hermana, por no causarla alguna alteracion perjudicial. Acaso lo erré, pues la infeliz, apénas dió á luz un niño, cerró para siempre sus ojos. Santbont estaba conmigo, quando viniéron á participarle tan fatal acontecimiento: ¡juzgad qual seria su dolor! ¡ó bárbaro Deslinierés! exclamó: tú matas á mi amada esposa, y á mí tambien, pues no podré sobrevivir á ella. ¡Cruel! me vengaré de tí: mi mano te arrancará ese pérfido corazon!

Este hombre desesperado no reflexîonaba que hablaba delante de un hermano de aquel, á quien amenazaba con la muerte; pero yo nada le dixe, compadeciendo su estado; y solo traté de cuidar del recien nacido, y de disponer el entierro de su madre, que se hizo con otro aparato en el mismo dia. Lo que mas me afligia era el no saber de Santbon, pues la fuerza del sentimiento le habia hecho salir de casa, á la que al fin le traxéron..... ¡ó Dios! le traxéron moribundo y lleno de heridas.

El infeliz, perdido el juicio, habia andado sin cesar por todas

las calles de Ruan por espacio de quarenta y ocho horas; y á las cinco de la mañana del tercer dia, al revolver una calle, se le presentó un hombre embozado, y conoció que era su enemigo mortal. ¡Traydor, le dixo, tú me quitarás la vida, ó yo acabaré con la tuya! —— Tú eres el que ha de morir á mis manos: al punto el feroz Deslinieres (porque era él) sacó un puñal, ántes de dar lugar á Santbon de precaverse, le dió de puñaladas, pero con tal encarnizamiento, que se detuvo en repetir las heridas, tanto, que ni aun hizo caso de las voces de va-

rios vecinos, que viendo el asesinato, llamaban á la justicia. En fin, le rodeáron varias gentes, y sin poder resistirlo fué presentado al Magistrado, el qual le hizo poner en un calabozo; Santbon tuvo espíritu para indicar su casa, y lo transportáron á ella.

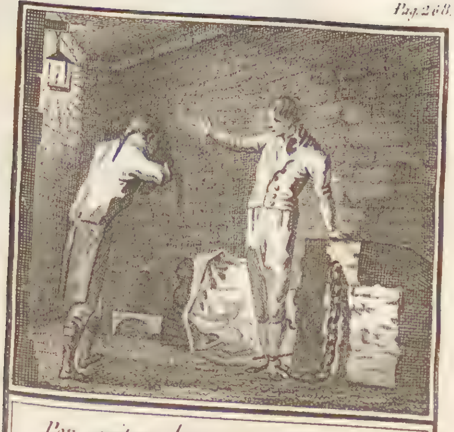
Nos le traxéron en tan triste estado que ya no podia hablar; pero las gentes que le acompañáron me dixéron que habia sido asesinado. ¡Gran Dios! al instante sospeché quien era el autor de tal atrocidad; y miéntras las gentes de la casa cuidaban del socorro del herido, fuí á casa del Ma-

gistrado, presidente, donde me desengañé con horror, de que mi hermano era el asesino. Algunos dias se pasáron en averiguaciones judiciales, durante las quales Santbon recobró el uso de la voz: presentáronle, segun costumbre, el preso para que le reconociese, y tuvo la dureza de imputarle su muerte y la de su muger. Confieso que este proceder tan poco delicado de parte de Santbon me le hizo odioso, y que le abandoné á los cuidados mercenarios de gentes desconocidas. Renováronse en mi corazon todos los sentimientos fraternales, y procuré por to-

dos medios el alivio del infeliz Deslinieres ; pero fuéron inútiles todas mis diligencias. Se acumuláron en una sola causa todos sus delitos, y fué condenado... ¡qué horror! á muerte afrentosa.

¡Qué oprobrio! ¡qué vergüenza para toda mi familia! Antes que sufriese su muerte, logré permiso para verle en su funesto calabozo. Estaba con cierta especie de horrible tranquilidad. El velo de la eternidad se descorria á sus ojos, y la guadaña de la muerte suspendida sobre su cabeza, hacia temblar á este hombre extraviado por sus vicios. Me afeó sin acri-

monia la proteccion que yo habia concedido á su enemigo y su esposa, añadiendo: ya te habia predicho que las resultas de este enlace te deshonrarian: ¡ya lo ves, jóven inconsiderado! ¡por todas partes serás señalado como hermano de un asesino castigado con la espada de las leyes! Todo lo pierdes, y todo por el exêcrable Santhon... ¿lloras, hermano mio? tú me amabas... ya lo veo... yo nunca fuí cruel... las pasiones me ofuscáron, y un miserable intrigante que detesto... ¡ó mi amado Lerval! si en algo aprecias los últimos deseos de tu hermano,



Por evitar de un suplicio
Público la amarga pena,
Deslinieres se condena
A otro mayor precipicio:
Toma un veneno propicio
A su bárbara intencion:
No incurriera en tal accion,
A no ser irreligioso,
Pero ¿quando un codicioso
Supo tener religion?

F. Garcia [illegible]

que va á morir; si aborreces, como no lo dudo, á Santbon, y á quantos puedan tener relacion con él: júrame que ni él, ni su hijo si vive, ni alguno de los suyos verá tu rostro. Con esto te digo bastante lo que exîjo de tí: ¿tienes valor para hacerme este juramento?

Pronunció Deslinieres estas palabras con tal fuego y energía, que sin poder yo resistirlo, sujetó mi alma á su voluntad. Por otra parte mi hermana habia muerto; su esposo no podia interesarme, ántes bien le detestaba por ser causa de la muerte de su hermano, y

del deshonor de toda mi familia. Repetí, pues, palabra por palabra, el juramento terrible, hecho lo qual, Deslinieres me dixo: muero ya tranquilo, pues quedo asegurado de que mis enemigos no encontrarán apoyo en mi familia. Abrázame, hermano mio, y vuelve á París; consuela á mi esposa, mi hija, y á mi sobrino, y nunca los abandones; esta nueva promesa exîjo de tí.

Me separé de él lleno de dolor y amargura. Algunas horas despues se extendió la noticia de su muerte; generalmente se creyó que se habia envenenado por no salir al supli-

cio; y se tuvo por indudable, porque en uno de sus bolsillos encontráron un pomito de veneno. Temeroso yo de que me tuvieran por cómplice en su muerte, salí de Ruan, sin haber visto á Santbon en conseqüencia de mi juramento; pero supe que estaba muy aliviado, y que ninguna de sus heridas habia sido mortal. Volví á París, donde hallé inconsolable á toda la familia de Deslinieres; desde luego tuve que sufrir á mi cuñada algunas injurias; pero bien pronto me reconciliáron con ella mis buenos procederes, y me llamaba su protec-

tor y único apoyo ; y al fin, me suplicó que viviese con ella y renunciase á quanto pudiera alejarme de su casa. Cedí á sus deseos ; y quando me vió sometido á todos ellos me comunicó sus proyectos , dirigidos á borrar en quanto fuera posible la memoria de la condenacion de su marido, apoderándose de todos los autos; y vengarse despues á toda costa de Santbon , extendiendo su furor aun á la inocente criatura que Amelia habia dado á luz. No quise consentir sino en el primer pensamiento , y en conseqüencia fuimos á Ruan, donde nos maneja-

mos de modo que, aunque nos costó mucho dinero, nos hicimos con los autos originales. Nos pareció que sobre este punto estábamos asegurados; pero nos engañábamos, porque nos calló el escribano que habia dado una copia auténtica de todo á Santbon. No estaba éste ya en Ruan, y aunque hubiese estado, ¿cómo nos hubiera cedido unos instrumentos que tanto le interesaban? porque ademas de la sentencia contra mi hermano, estaban tambien las pruebas de la legitimidad de su matrimonio. Nos fué preciso volver á París, y contentarnos

con saber que las pruebas de nuestro deshonor se hallaban solo en poder de un hombre. Verdad es que este hombre era el objeto del odio y venganza de mi cuñada, la qual educó á su hija y su sobrino en estos odiosos principios, como lo sabreis bien pronto.

Santbon débil, y padeciendo de sus heridas como de la memoria de sus desdichas, habia vuelto á París con su hijo, que todavía estaba en la cuna. Avergonzado de su conducta con los Deslinieres, conducta que le habian dictado el odio y resentimiento, se hallaba atormentado de los remordimientos.

Habia perdido á mi hermano, y el amor que yo anteriormente le profesaba. Desesperado de no verme, se determinó á buscarme en mi casa. Por casualidad estaba yo á la ventana, y viendo entrar á un hombre pálido, flaco, y apoyado en un báculo, conocí que era Santbon. Al instante mandé á mi criado que lo despidiese, pero que procurase saber donde vivia, pidiéndole señas exâctas de su casa. Dixo pues el criado á Santbon que yo estaba fuera, y sin dificultad supo de él quanto yo solicitaba, pues me conocia demasiado Santbon para re-

celarse de mí. Yo no me proponia volverle la visita pero un resto de interes me hablaba en su favor, y estaba dispuesto á preservarle de la venganza de mi cuñada, en caso que quisiese executarla en él ó en su inocente hijo. No sé cómo el criado que le recibió tuvo la osadia de contarlo todo á mi cuñada, y darla las señas que me habia dexado. Madama Deslinieres, contentísima por saber el paradero de su enemigo, envió un dia á verle en mi nombre á su sobrino Dercour, á quien Santbon no conocia. Este muchacho en efecto se le pre-

sentó, y le dixo: Mr. de Lerval se halla indispuesto, y no puede venir á veros, pero me ha encargado que os entregue de su parte esta corta expresion para vos y para el hijo de su hermana Amelia, á quien tanto amaba.

Consistia éste regalo en frutas, dulces y varias cosas de pasta. Admirado Santbon de esta especie de regalo, quedó un rato suspenso. (Bien se dexa conocer en esta ocasion el poco juicio de mi cuñada) Recibió, pues, el regalo, y al ponerle sobre una mesa, se cayó un pastelillo, y un perro, que siempre le acompañaba, se

le comió ál instante, y luego empezó á dar terribles alaridos, y cayó muerto. Al punto Santbon llamó á un vecino suyo, que era oficial de justicia, y vivia en un quarto contiguo al suyo. Acudió este hombre á las voces, y reconviniendo al muchacho, le hizo confesar la verdad, y determinó llevarle preso; pero Santbon tuvo la consideracion de avisarme, ántes que se verificára la traslacion de Dercour á la cárcel. Acudí inmediatamente; por casualidad el oficial de justicia era amigo mio, y pude sofocar el asuntò en su mismo origen. Santbon, por

mi mediacion, cedió de su derecho; y con esto adelantó mucho para conmigo; así fué que al instante que volví á mi casa, le escribí lo siguiente.

No ignorais que sois causa de mi deshonor, y de la perdida de quanto amaba en el mundo. Estais arruinado (pronto os diré cómo), *y teneis enemigos poderosos y vengativos. A pesar de todos los motivos que tengo para aborreceros, quiero ser vuestro apoyo y protegeros, si os someteis á todos mis consejos. He visto á vuestro hijo, y me ha conmovido; aunque en edad tan tierna he reconocido en él todas las fac-*

ciones de su madre, que son las mias, pues Amelia se me parecia mucho. No puedo abandonaros; pero exîjo que olvideis todo motivo de queja contra mi cuñada, cuyo resentimiento es legítimo; evitad la venganza de ésta, para que no haya mas víctimas del odio en mi desdichada familia. Habreis estrañado que no os haya visto ni hablado sino lo muy preciso para la composicion del último lance, en cuya ocasion ví á vuestro hijo; pero este es un secreto que no debo rebelaros. Basteos saber que no me es dado el veros; pero vivid seguro de que cuidaré de vuestra

seguridad y de la de vuestro niño. Confiad en mí, y sed dócil. Mudad al punto vuestro nombre en el de Longchamps, que solo de mí será conocido, y tomad otra habitacion en algun barrio distante del en que ahora vivis. Yo echaré la voz de que habeis pasado á nuestras colonias, y vuestros enemigos no os perseguirán. Reflexîonadlo bien, y contextadme ó para huir de vos para siempre, ó para ser vuestro protector.

Santbon, que me estimaba mucho, me respondió que haria todo quanto fuese de mi gusto. Este hombre estaba arruinado por la malignidad de Deslinieres, que

habia contrahecho la firma de mi hermana, fingiendo deudas que excedian su capital. Los supuestos acreedores se apoderáron de todo, y aunque se les podia entablar un pleyto sobre la lagitimidad de estas deudas, hubiera sido nunca acabar; y Santbon, ademas de quedar expuesto á los tiros de mi hermana, estaba siempre resintiéndose de las heridas. Aceptó, pues, mis ofrecimientos, y le fué bien. Vivió tranquilo é ignorado, baxo el nombre de Longchamps, que transmitió á su hijo, hasta una edad bastante abanzada. Nunca le ví, pero le col-

mé de beneficios ; mantuve su casa con opulencia ; su hijo fué muy bien educado , y nadie sino yo supo las desgracias que le habian precisado á mudar de nombre. Sin embargo , devorado por los remordimientos , viendo siempre ante sus ojos la sombra de su esposa y la de su cuñado, perdió poco á poco el juicio. Nunca salia , y cerrado en su gabinete, pasaba dias enteros leyendo las cartas que su muger le habia escrito desde el convento , y todas las piezas del primer proceso que habia perdido , y las del último, que eran el objeto de los deseos de

Madama Deslinieres. Con está ocupacion se exâltaba cada dia mas su cabeza ; y ya sabeis que sin saber por qué, la víspera de su muerte quemó todos estos papeles. Por este medio nos hizo un favor que tanto habiamos deseado. En mucho tiempo no supe que Santbon habia quemado estos documentos, y apénas ha seis meses que lo he sabido por un criado que entónces le servia ; pero volvamos á su hijo.

Yo habia dicho á mi implacable cuñada que Santbon habia pasado á las colonias, y lo creyó; pero un dia, casualmente, pasó por una calle en que se halló deteni-

da con la pompa de un entierro. Detras del acompañamiento vió á un jóven vestido de luto, que lloràba amargamente, y tan parecido á Amelia que la paró, recordándola objetos que tanto detestaba. Informóse del nombre del difunto, y la dixéron que se llamaba Mr. de Longchamps; mostrándole su hijo y su casa. Sospechó que su enemigo hubiese cambiado de nombre; fué á la casa de donde habia salido el acompañamiento, y se aumentáron sus sospechas con las noticias que adquirió. Persuadida á que yo estaba tan deseoso como ella de venganza, me co-

municó sus recelos, y por medio de su sobrino Dercour, á quien despues casó con su hija, solicitó una órden para hacer salir de París á un vagamundo llamado Longchamps. Dercour, que tenia bastante influxo, obtuvo fácilmente la órden, y el jóven Longchamps, no habiendo salido de París, á pesar de habérselo yo mandado, fué espiado, y se supo que vivia en la calle de la Universidad; pero yo desvanecí todas las ideas de mi cuñada, haciendo revocar la órden. Por un retrato que yo tenia de mi hermana Amelia, hice hacer otro en miniatura, y se le envié á su

hijo juntamente con un relox y una sortija, que habian sido aihajas suyas; pero me opuse á que se estableciese en ninguna de las oficinas de París, y desvanecí todas sus diligencias. Ya no era yo jóven, me habia casado ocho años ántes de la muerte de Santbon; y mi esposa, que murió dos despues de nuestro matrimonio, me habia dexado una niña, la qual, en la época en que me declaré protector de Longchamps, tenia seis años. Siempre habia cuidado de éste, y el amor que tuve á mi hermana me empeñaba á mirar por su hijo, que se hallaba inocente de

todas las desgracias ocurridas en mi familia. Sin embargo, quizá por un necio escrúpulo, mantenia la palabra que habia dado á mi hermano; pero resolví eludir su objeto, salvando las apariencias, diciendo para mí: mi hermano quiso que ninguno de los Santbon me viese, y así bastará que en cierto modo me haga invisible á los ojos del jóven Longchamps; pero como todo debe tener un término, y el odio mucho mas: si éste jóven se presta dócilmente á mis preceptos, y si adquiere buenas qualidades, á su debido tiempo le casaré con mi Lu-

cia, y por este medio confundiré todos los motivos de odio; pero Justino (que este es su nombre) es todavia muy jóven, y para verificar mis ideas, es preciso que pasen todavia diez años. Le haré viajar, y en tanto, acaso podré conciliar en su favor los corazones de su tia y de sus primos. ¡O hermana mia! pienso que esto es quanto puedo hacer por tu memoria.

Tomado este partido, y para inutilizar las persecuciones de la Deslinieres y sus partidarios, mandé á Longchamps que viajase; pero temiendo las cautelas de sus

enemigos, yo mismo le seguí por todas partes. Ahora direis, ¿cómo pudisteis saber tan exáctamente todos sus pasos, y hasta sus mas leves acciones, así como los diferentes asilos que eligió durante el curso de sus viages? Nada de esto me fué dificil, pues un hombre de mi confianza, á quien no conocia Longchamps, le seguia por todas partes á caballo, y me daba cuenta de todos los sitios en que se detenia, y las posadas donde paraba. Así es como le seguí á Chartres, á Tours, Burdeos, &c. &c. En todas partes le veia á mi satisfaccion, sin que me

conociese, y exâminaba con placer sus facciones, por ser tan parecidas á las de mi hermana. Sin embargo temia que me descubriese, porque le habian dicho que yo me parecia mucho á él, y temblé algunas veces observando que con el mayor cuidado exâminaba las fisonomías de quantos le rodeaban, entre los quales regularmente me hallaba yo. Muchas veces la ternura que me inspiraba, me impelia á descubrirme con él, y con esta intencion iba algunas veces á verle; pero por una rara casualidad nunca le hallé, quando fuí á visitarle con esta idea. Esto me suce-

dió en la casa en que vivia en París, en la de la madre de su amigo en Tours, y aun en el café de Burdeos, donde, mas que nunca, le ví á toda mi satisfaccion. Casi me descubrió en el jardin de Castel, donde me oyó cantar un romance, que en otro tiempo compuse sobre su nacimiento, pero salí bien de este apuro. Por donde quiera, mi prudencia y la sagacidad del hombre que le seguia, me hacian patentes sus acciones, sin que él penetrase el modo con que las descubria. Así viajó diez años, en los quales tuve bastante trabajo para oponerme á las activas

investigaciones de sus enemigos. En fin, miéntras estaba en esta granja, el año pasado, supe la muerte de Madama Deslinieres; y entónces, viendo que ya no exîstia el enemigo mas terrible de mi protegido, mandé á éste que fuese á París, y lo cumplió con su acostumbrada docilidad. Es cierto que ya no vivia la Deslinieres, pero habia transmitido á sus hijos todo el odio que habia jurado á la sangre de Santbon, mandándoles, ¡qué horror! que se vengasen en su hijo por todos los medios posibles; y que á toda costa procurasen hacerse con los pape-

les en que constaba su deshonor. Dercour y su esposa, hija de mi desdichado hermano, habian, por decirlo así, heredado el carácter altivo y perverso de los Deslinieres. Se me presentáron á preguntarme si sabia algo del hijo de Santbon, y porque cesasen en sus persecuciones les respondí, que este jóven, despues de la muerte de su padre, habia pasado á nuestras islas, de donde nunca volveria. No quedáron satisfechos con mi respuesta, y justamente sospecháron que me interesaba en la suerte de su primo; mas no atreviéndose á romper abiertamente

conmigo, espiáron con sigilo mis pasos, y descubriéron que yo protegia á un tal Longchamps, que desde entónces se les hizo sospechoso.

Mi papel se hacia mas dificil cada dia. Por una parte necesitaba velar sobre mi protegido, sin darme á conocer á él ántes de la época del matrimonio que meditaba como único medio para concluir este asunto; por otra debia instruirme de todas las ideas de los Dercour, porque conocia que andaban recelosos. Gané para este efecto á un antiguo criado suyo, que siendo como era su confidente, me

avisaba de todos sus proyectos. Así supe que Dercour habia descubierto la habitacion de Longchamps en la calle de Vaugirard, y que debia de ir á verle y exàminar con alguna cautela si era el hijo de Santbon. Avisé á Longchamps, para que estuviese prevenido contra la perfidia de esta visita, y así Dercour se quedó con las mismas sospechas. Luego fué á verle Madama Dercour, y yo no tuve mas arbitrio que hacer á Fermin cantase en la escalera: *calla ruiseñor amante*, &c. para precaver qualquiera indiscrecion de su amo. Conocia que Dercour era capaz de

batirse con el hijo de Santbon, y aun de asesinarle cobardemente, y esto es lo que estuvo á pique de suceder una noche que entrambos habian ido al teatro de la opera. La pieza que se representaba era *el Prisionero Americano*, y en ella se representaba la muerte afrentosa de un preso. Madama Dercour renovó la memoria del fin trágico de su padre, y acompañada de su esposo, salió del teatro, y se dirigió hácia el baluarte, donde su afliccion la hizo perder el sentido, á tiempo que Dercour reconoció en el mismo parage á Longchamps, y le atacó, sin mas causa, como ya ha-

beis oido. Yo, que por una feliz casualidad me hallaba allí, hice llevar á Longchamps á mi casa de Bagneux; y entrando en el coche de los Dercour, los acompañé á su casa, donde les reprehendí agriamente su proceder respecto de un hombre que, aunque era conocido mio, nada tenia que ver con sus resentimientos particulares. No se mostráron muy satisfechos con mis razones, y esto me obligó á ocultar con mas cuidado al desdichado que perseguian. Hice que se retirase á una casa próxîma al baluarte del norte, y le mandé que no saliera, particularmente de dia;

pero su imprudencia le hizo descubrirse nuevamente, y encendió la rabia de sus enemigos, los quales llegáron á hacerle conducir á su misma casa, donde en una sala, habian eregido, creo que por pura vanidad, un cenotafio á la memoria de su padre y madre, colocando en él los retratos de estos y los de todos sus parientes. Longchamps habia caido en un terrible lazo; pero el antiguo criado de Dercour me avisó del caso, y acudí al remedio, presentándome en casa de los Dercour, amenazándoles con todo el peso de mi indignacion, y con la resolucion

que habia formado de hacer pública su conducta, si proseguian persiguiendo á un jóven infeliz, á quien yo favorecia, y nada sabia de quanto le habian preguntado.

Recobró Longchamps su libertad; y yo, prendado de su discrecion, y de la prudencia con que sin conocerme ayudaba mis ideas, resolví adelantar el plazo de su felicidad. Mi hija me amaba, y yo estaba seguro de que Lucia tenia muy libre su corazon; la confié mis pensamientos, é hice que viera á su primo en el Cármen. Mútuamente quedáron satisfechos: y

desde entónces preparé su union en mi oratorio de Bagneux, que se verificó en la forma que mi sobrino os ha referido.

Yo habia convidado para esta funcion á los Dercour, sin decirles quien era el destinado á ser feliz esposo de mi hija. Fuéron muy tarde á Bagneux, y por Longchamps sabeis quan atónitos quedáron al saber que mi yerno era efectivamente el hijo de Santbont, como lo habian sospechado; pero mi ascendiente sobre ellos, mi autoridad, el respeto que me debian, y, mas que todo, el temor de que fuesen perseguidos por la justicia

á causa del lance referido del veneno, reprimió su furor, y extinguió la sed de su venganza. Ademas de esto les prometí una parte de mi herencia; y solo esto era sobrado para calmar dos corazones tan codiciosos como los de sus padres. Desde entónces nos visitan, y bien sea por afecto, ó por pura política, proceden muy bien con nosotros.

Tal es, amigos mios, la singular historia de las desgracias de vuestro afectísimo Longchamps, y tales han sido los motivos que me han obligado á no presentarme á sus ojos, por espacio de diez años:

motivos sin duda extravagantes, bien lo conozco; pero eran los medios mas seguros para lograr mis fines. Estas aventuras, hijos mios, os manifiestan que el lazó que une á los padres y los hermanos es sagrado; y que una vez roto, puede exâltar todas las pasiones, y confundir á qualquiera familia en toda especie de infortunios.

Así terminó su narracion Mr. de Lerval, y nuestros jóvenes abrazáron cordialmente á este anciano, que, durante el curso de su vida, habia llenado todas las obligaciones de buen hermano, excelente

amigo, tio generoso, y padre sensible.

Conclusion de la Obra.

La frialdad de las tardes y y lo próxîmo de un rigoroso invierno acabó la reunion de nuestra familia en el terrazo. Por otra parte, nuestros amigos ya eran grandes, y no necesitan de mas lecciones de virtud y moral que las que les habia prodigado su buen padre. Eran ya hombres sensatos y reflexîvos, y Palemon recogia ya el fruto de la educacion que les habia dado. ¡Quánto se complacia de los muchos trabajos

que le habia costado el gravar profundamente la virtud en sus corazones! Los habia instruido con exemplos; y con sumo placer veia que ellos los daban muy grandes y agradables de respeto filial, amor fraterno, y de todas las virtudes sociales. Dos años habian hecho en ellos un prodigioso efecto. Armando tenia ya mas de diez y ocho años: su padre le envió á París, donde se perfeccionó en las matemáticas tanto que obtuvo la cátedra de esta ciencia, y cinco años despues se casó con Enriqueta, que aunque habia perdido á su padre, no dexó de hallar otro



en nuestto buen Palemon. Julio trabajó al lado de su protector, y se hizo el mejor agricultor de la comarca. Palemon, ya muy viejo y bastante achacoso, necesitando apoyo y descanso, le cedió su granja y campos, dándole al mismo tiempo la mano de Adela, que fué muy buena esposa y madre.

Benito siempre era turbulento y vivo, su padre queria que fuese marino, pero él no quiso separarse tanto de Palemon. Dibujaba perfectamente, adquirió conocimiento de todas las artes, y llegó á ser un excelente arquitec-

to: se casó en París, y prosperó en sus negocios.

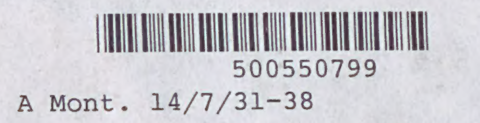
Leon se aplicó al comercio; pero no pudo abandonar las Musas que habian sido el embeleso de su juventud; se ilustró en este precioso ramo de literatura, en el dia es uno de nuestros autores mas distinguidos, y juntamente la delicia de su anciano padre, el qual consiguió de Mr. y Madama Leclerc que le dieran por esposa á su sobrina Rosalía. Estos esposos son felicísimos, y solo carecen de una satisfaccion, grande á la verdad, que es la de tener hijos.

Todos quantos participaron de

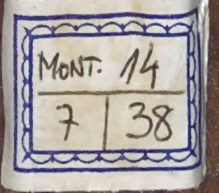
la diversion de las tardes continuaron siendo amigos de Palemon y su familia, en la qual solo falta la buena Marcela, que ha muerto de ancianidad el año pasado.








TARDES
DE LA
GRANJA



colorchecker CLASSIC

calibrite

mm